LUCHADORES DEL ESPACIO

EL ANGEL DE LA MUERTE



POR GEORGE H. WHITE

Entre el polvo y los escombros de una ciudad antiquísima, los arqueólogos valeranos descubren una bellísima mujer. ¿Es una estatua, semblanza de como fueron los seres que habitaron este misterioso mundo? ¿Es un cadáver incorrupto que ha sobrevivido a decenas de millares de años? Nada de eso. No se trata de un ser humano. Es… ¡El Ángel de la Muerte!

A quien los arqueólogos llamarán Izrail… Porque en la mitología musulmana IZRAIL era el Ángel de la Muerte; al llegar el fin del mundo morirá el último.

George H. White nos relata las aventuras de un grupo de arqueólogos dedicado a la investigación y reconstrucción de una raza que se supone habitó el hiperplaneta mucho antes de que éste fuera invadido por una raza de insectos gigantes muy evolucionada. Esta es también la extraña historia de un amor más allá de lo humano, entre un joven arqueólogo y…



George H. White

El ángel de la muerte

La saga de los Aznar - 33

ePub r1.1

Titivillus 10.08.15

Título original: *El ángel de la muerte*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL ANGEL DE LA MUERTE

George H. White

LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

EN vísperas de abandonar el planetillo, Eladio fue con su padre a visitar al Almirante Aznar.

Después de regresar del circumplaneta, donde la señora Aznar había dado a luz al primer terrícola nacido en el Nuevo Mundo, los deberes de su cargo político habían obligado al Almirante a fijar su residencia en la capital de la República.

Eladio no conocía personalmente al Almirante, sólo una vez le había visto a través de la televisión pronunciando un electrizante discurso que puso en claro muchos conceptos que hasta entonces parecían confusos en el ideario del proscrito partido aznarista.

Acababa de cumplirse un año desde que VALERA llegó a la vista del circumplaneta, y eran ya visibles los cambios que se estaban operando en la ideología y el comportamiento de la sociedad valerana. En algunos casos estos cambios eran tan sutiles que apenas se notaban. Otros eran más aparentes.

Después de casi un siglo de persecución, un decreto-ley había reconocido los derechos del partido aznarista a expresarse y estar

representado en la Cámara. Su líder, el Almirante Aznar, ocupaba ahora un escaño en la Cámara de Representantes. Cuando dentro de tres años se celebraran de nuevo elecciones, cabía en lo posible que se produjeran algunas sorpresas.

El partido aznarista, que aglutinaba a las minorías llamadas "intelectuales", estaba ganando prosélitos en otros estratos populares de la sociedad valerana. Algunos veían al Almirante Aznar futuro presidente de la República de "Valera".

El doctor Ross disentía de esta opinión:

—Nuestros timoratos políticos podrían ahorrarse cantidades industriales de bilis si conocieran mejor el pensamiento del Almirante Aznar. Los sueños de grandeza del Almirante no caben en el pequeño Valera. Es en ese gigantesco circumplaneta donde él tiene puestos los ojos. Si algún día nuestra Humanidad coloniza ese mundo no habrá en todo el Universo potencia que iguale al moderno imperio que el Almirante sueña con levantar allí.

—¿Y todavía hay quien dice que el Almirante no es un hombre ambicioso? —exclamó Eladio.

—Hijo, entiéndelo de una vez, no seas uno más entre tantos estúpidos que hablan sin conocimiento de causa. Lo mejor que hay en el Almirante es su falta de ambición personal. Cuando habla en términos de grandeza no está soñando en lograr esa grandeza para sí, sino para todo el género humano. Miguel Ángel Aznar es un iluminado en este sentido. Cree en la proyección universal de nuestra raza. El Hombre, dice, está llamado a poblar las innumerables estrellas del cielo.

Eladio Ross había oído hablar tanto del Almirante Aznar, y en términos tan contradictorios, que realmente estaba deseando conocerle cuando su padre le propuso ir a visitarle.

Los Aznar vivían en un apartamento de la Avenida del Capitán Fidel, que era una de las grandes vías urbanas radiales que iban a confluir en la grandiosa plaza de España, donde se levantaba el Palacio Residencial y, enfrente, el nuevo Capitolio.

El apartamento de los Aznar era igual a otro cualquiera de la megalópolis, idéntico a otros cientos del mismo edificio. En VALERA todo el equipamiento del hogar se fabricaba en grandes series, de modo que ni siquiera en esto quedaba margen para la originalidad ni el lujo. Pero en cuanto uno entraba en el

apartamento de los Aznar empezaba a respirar la sensación de que allí moraban otras personas dotadas de una enorme personalidad.

El hogar del Almirante era la casa de todos sus amigos.

—El matrimonio forma una pareja perfecta —dijo el doctor cuando subían en el ascensor—. Pero realmente me pregunto si les quedará tiempo para su intimidad. Siempre tienen visitas.

Ni siquiera tuvieron que llamar, la puerta estaba abierta y el living-comedor lleno de gente, aunque considerando el tamaño de la pieza no era necesaria una muchedumbre para colmarlo.

La aparición del doctor Ross fue celebrada con alegres voces de bienvenida y afectuosos apretones de mano.

—¡Miren quien está aquí, nuestro buen amigo Ross!

Los visitantes comían pastelillos y sostenían en la mano largos vasos de limonada o cigarrillos mientras hablaban a la vez formando pequeños grupos. Había una mesita baja entre el diván y las butacas, llena de vasos y ceniceros. El doctor fue presentando a su hijo.

—Don Mario Valera… el profesor Ferrer… el Doctor Castillo… el Capitán MacLane…

—¡No por favor! Ahora Contralmirante —protestaba el presentado.

—El Capitán Arnal…

—Contralmirante Arnal, Doctor…

—Al parecer nuestra expedición científica fue fructuosa para todos los que tomaron parte… excepto para los científicos —dijo en broma el doctor Ross—. Este es mi hijo. Eladio, el Contralmirante Arco…

—Capitán de navío Doctor, sólo Capitán de navío.

—¡Cómo! ¿Es usted el único a quien no ascendieron?

—Me ascendieron. Antes era Capitán de fragata.

Abriéndose paso entre los invitados llegaron hasta el rincón donde estaba el Almirante Aznar, escuchando atentamente a una joven pelirroja que parecía describir algo acompañándose de las manos y de sus vivaces y expresivos ojos azules. El Almirante estaba sentado en el diván, teniendo a su lado una joven de ojos verdes que acunaba en su regazo un precioso bebé de apenas un mes de edad.

La llegada del doctor Ross interrumpió la al parecer interesante

disertación de la pelirroja. El Almirante se puso en pie para estrechar cordialmente la mano del doctor Ross.

—¡Querido Doctor! No sabía que estuviera en Nuevo Madrid, de lo contrario le hubiera invitado. Hoy celebramos la imposición de nombre a mi hijo. Miguel Ángel Aznar Bogani, el primer hombre nacido en el circumplaneta.

—¿Cómo está usted, señora Aznar? —dijo Ross inclinándose hacia la joven madre—. Su bebé es precioso ¡Y tiene el cabello negro!

—Los Aznar siempre han sido altos y pelinegros. Yo soy una rareza en la familia —dijo el Almirante, que sólo tenía una talla media y era rubio y con ojos azules.

Se escucharon algunas risas. El Almirante tenía fama de ser hombre ingenioso y poco amigo de los formalismos. Señaló a Eladio y preguntó:

—¿Es su muchacho?

—Sí, él es mi hijo. Eladio… el Almirante Aznar y la señora Aznar.

—Encantado de conocerle, joven. Estoy enterado de sus estudios de investigación acerca de la escritura de los habitantes anteriores del circumplaneta. Ha realizado usted un buen trabajo. ¿Es arqueólogo de profesión, o un aficionado?

—Me doctoré en psiquiatría y sociología, como mi padre. Luego amplié mis estudios en antropología y arqueología. ¿Aficionado? Si bien se mira, no pasamos de ser simples aficionados. Ningún arqueólogo valerano ha desenterrado jamás un viejo fémur, ni hemos tenido ocasión de hacer excavaciones en alguna ruinosa ciudad.

—No diga eso. Tenemos actualmente arqueólogos estudiando las ruinas de una ciudad en el circumplaneta, y aquí tenemos a alguien que puede dar fe de ello. Le presento a la señorita Silvana Castillo, que acaba de regresar del circumplaneta con algo sumamente interesante. La señorita Silvana y su padre, el profesor Castillo, fueron los descubridores de aquella inscripción que usted ha descifrado.

—O que él dice haber descifrado —añadió rápida e hirientemente la señorita Castillo.

Eladio Ross sintió que enrojecía bajo la hostil mirada de aquellos

bonitos ojos azules. ¿De manera que ella era la Castillo?

Cuando un estudioso ha llevado a cabo un descubrimiento importante (y Eladio estaba seguro que el suyo lo era) no faltan los buenos amigos que al tiempo que palmean a uno en la espalda le clavan el estilete de la envidia.

Antes de salir de Ciberburgo ya le había enterado que el profesor Castillo, que dirigía las excavaciones en las ruinas de la ciudad de Cifra, había dicho de él que era un charlatán.

La violencia del ataque de la señorita Castillo, que había hecho enrojecer y, simultáneamente, empalidecer a Eladio, no había pasado desapercibido a los demás.

La señora Aznar se mordió el gordezuelo labio inferior, y el Almirante Aznar adoptó de pronto una actitud seria que le convertía en un hombre distinto, severo y enérgico.

—Disculpe a Silvana, Ross. Ella no conoce el resultado de sus investigaciones —dijo el Almirante.

—Sé lo que él mismo ha dicho —repuso Silvana Castillo—. Que ha logrado descifrar la inscripción de la estela que nosotros descubrimos. Y yo digo que es mentira, pura charlatanería.

Se había hecho el silencio a su alrededor. Los invitados miraban ahora en esta dirección, y algunos ya empezaban a moverse para ver que ocurría. El doctor Ross puso su mano sobre el hombro de Eladio.

—No contestes a la provocación, hijo.

—¿Por qué? —retó la muchacha—. Que nos explique en base de qué considera correcta la interpretación que ha dado a este texto.

El profesor Castillo se abrió paso entre los invitados llevando un vaso a la mano. Miró furioso a su hija y dijo:

—¡Silvana, cuida tus modales, por favor! No estás en un ring. El señor Ross es un invitado del Almirante.

La muchacha plegó sus gordezuelos labios en un mohín de fastidio y se retrepó en la butaca, cruzando sus esbeltas piernas una sobre otra.

—Me siento abochornado, Almirante, le presento mis disculpas —dijo el profesor Castillo—. Y a usted, Doctor Ross.

—No te arrastres a sus pies, papá —dijo Silvana con mordacidad —. Mejor pídele que demuestre lo que dice.

—¿Qué debo demostrar? —contestó Eladio, pero mirando al

Almirante y dirigiéndose a nadie—. He descifrado la inscripción de la estela partiendo de una fotografía que apareció en la revista “Investigación y Ciencia”, utilizando los medios más eficaces de que disponemos en la actualidad; los ordenadores del Instituto Tecnológico de Ciberburgo.

—Cuéntenos, Doctor Ross —invitó cortésmente el Almirante—. ¿Cómo lo hizo?

—Fue una labor de moros, si se me permite el símil. No teníamos ningún dato de partida, ni un solo signo nos era conocido, de modo que tuvimos que empezar de la nada. Se comenzó tomando la palabra más larga en la que aparecían mayor número de signos distintos, y aplicamos arbitrariamente un valor a cada uno de ellos. Introducimos los datos en el ordenador para que combinara las letras en todas las formas posibles. Luego fuimos asignando otras letras a cada signo y obteniendo nuevas combinaciones hasta agotar todas las palabras que podían componerse con ellas. A continuación probamos cuáles letras eran válidas, aplicándolas a la siguiente serie de signos. Si no aprovechaban teníamos que volver atrás y aplicar otras letras a los signos. Era como un largo laberinto con millares de salidas falsas. Mil expertos en criptografía, trabajado ininterrumpidamente cien años, no habrían llegado a ninguna conclusión válida, ni siquiera contando con la buena suerte. Pero nuestros ordenadores tienen una capacidad de trabajo fantástica, probaron millones de combinaciones y resolvieron el problema, es decir, encontraron la salida buena de aquel laberinto.

—¿Podemos conocer el resultado, Doctor? —preguntó el Almirante—. ¿Cuál es la traducción del jeroglífico?

Eladio sacó del bolsillo un papel mecanografiado y lo desdobló en mitad de un silencio expectante.

—He aquí la traducción —leyó Eladio Ross:

“pasará de la vida a la nada”

“nuestro pueblo entregado a su suerte”

“y será la profecía consumada”

“al morir el Ángel de la Muerte”.

Los invitados permanecieron en silencio, como esperando una continuación.

—Eso es todo —dijo Eladio plegando el papel.

—Es bonito y suena bien —dijo el Almirante—. ¿Pero tiene

algún sentido?

—Yo diría que es como un acertijo —apuntó el profesor don Mario Valera.

—No tiene sentido alguno, es una tontería que el Doctor Ross ha arreglado en verso para hacerla más bonita —dijo Silvana Castillo incisivamente.

—No es ninguna tontería —contestó Eladio, aunque sin mirar a la señorita Castillo—. Evidentemente, el Ángel de la Muerte es la muerte misma. La "profecía" debe tener algún sentido religioso. He buscado una analogía con las religiones extintas de los pueblos primitivos de la Tierra, por si me inspiraban alguna idea, y he descubierto algo sorprendente. En la mitología musulmana, el Ángel de la Muerte es IZRAIL. Al llegar el fin del mundo morirá el último.

—¡IZRAIL! —repitió el Almirante Aznar como hablando consigo mismo—. He aquí un nombre a la vez hermoso y terrible. Es lógico que si IZRAIL es la Muerte tenga que morir el último, pues quedará solo una vez terminada su misión exterminadora. Pero si nos fijamos bien, no es eso lo que dice el último verso. El pueblo no morirá antes, "morirá al morir el Ángel de la Muerte", o sea con él, o tal vez inmediatamente después, y precisamente por esta causa. ¿No es así?

—En realidad tampoco dice que el pueblo haya de morir, aunque eso parece desprenderse del texto. La "profecía" será consumada al morir el Ángel de la Muerte —corrigió Eladio.

—Lástima que no sepamos a qué se refiere —dijo el Almirante Aznar—. Yo les envidio a ustedes, que pueden dedicar su tiempo y sus aficiones a algo tan apasionante como es tratar de reconstruir el pasado de la raza que nos precedió en este mundo sorprendente. La señorita Castillo me estaba hablando de los estudios que estamos llevando a cabo en las ruinas de la ciudad de Cifra. La señorita Castillo ha observado algunos fenómenos paranormales y obtenido una psicofonía.

—¡Una psicofonía! —exclamó el joven profesor Alejandro Valera —. ¿La ha traído consigo?

—Sí, y también el magnetófono.

Silvana Castillo buscó algo en el suelo, junto a sus pies. Varias manos acudieron solícitas a despejar de vasos, botellas y ceniceros un extremo de la baja mesita, para que Silvana Castillo pudiera

depositar sobre ella su pequeño magnetófono.

—Hicimos la grabación en una grabadora de alta sensibilidad, sobre una cinta virgen y sin micrófono —dijo Silvana Castillo.

En medio de una gran expectación empezó a funcionar el magnetófono. Se escuchó primero un silbido penetrante, luego se hizo el silencio y a continuación se escuchó una voz. Era sin duda una voz humana, suave, bien modulada, expresándose pausadamente en un idioma polisilábico, de sonido armonioso.

Aunque las palabras eran ininteligibles, todos escucharon con gran atención, muchos de ellos visiblemente impresionados. La voz estuvo hablando durante seis minutos y medio y después enmudeció.

—¡Es fantástico! —exclamó el Contralmirante MacLane—. ¿Es posible que hayamos escuchado “de verdad” la voz de un espíritu?

Pocos de los allí presentes habrían podido contestar con más autoridad que Eladio Ross. La parapsicología, pasando por períodos de auge y olvido, se había desarrollado lenta, aunque constantemente, en la moderna sociedad de VALERA. Se hacían numerosos experimentos como diversión, pero pocos la utilizaban en un sentido estrictamente científico. Eladio Ross, que era doctor en Medicina y Psiquiatría, había utilizado con éxito comprobado el metafanismo (también llamado hiloclastia) para obtener curaciones psiquiátricas casi milagrosas.

En un mundo supermaterializado, donde la Ciencia iba hallando contestación a muchos fenómenos que habían intrigado durante milenios la curiosidad del Hombre, la parapsicología despertaba poco interés.

A la gente no le gustaba enfrentarse con preguntas sin respuesta, y la fenomenología era todavía una ciencia oculta que desafiaba a la comprensión del hombre, como demostrando que, pese a sus constantes conquistas tecnológicas, era una criatura inmersa en un Universo desconocido, del que apenas había explorado las capas más superficiales.

Incluso ante experimentos comprobados, como por ejemplo la psicofonía obtenida por la señorita Castillo, la gente solía mostrarse escéptica. Como nadie se dirigió a él, Eladio se mantuvo en silencio.

—Tengo la impresión de que todas las ruinas de esa vieja ciudad están vibrando, como deseando confiarnos su secreto —dijo Silvana

Castillo.

—¿Qué edad han calculado ustedes que tienen las ruinas? —preguntó el profesor don Mario Valera.

Fue el profesor Castillo quien contestó:

—Aunque sólo hemos investigado superficialmente, hay claros vestigios de que ha sufrido dos devastaciones en épocas distintas. Durante la primera, la ciudad fue saqueada e incendiada. Hemos examinado restos de tizones, cuyo carbono radiactivo nos da una edad de veintidós mil años. Si esta destrucción fue llevada a cabo por las "mantis", podría servirnos para fijar la época en que los insectos llegaron al circumplaneta… Posteriormente la ciudad fue derruida por un terremoto.

—¿Un terremoto? —preguntó el Almirante Aznar—. Es la primera noticia que tengo de que hubiera actividad volcánica en el circumplaneta. Siempre hemos creído que el circumplaneta fue creado artificialmente, por lo tanto no deberían existir depósitos de magma.

—No se trata precisamente de actividad volcánica, digamos simplemente de actividad telúrica —aclaró el profesor Castillo—. El circumplaneta es un gigantesco aro de ciento noventa millones de radio girando alrededor del sol. Aunque parece moverse en un plano perfectamente equilibrado, deben existir ciertas oscilaciones. Éstas, unidas a las dilataciones y contracciones del anillo, deben producir importantes plegamientos seguidos de roturas. Probablemente el circumplaneta no es un anillo perfectamente soldado en todas sus partes. Lo más seguro es que existan grandes grietas que actuarían como juntas de dilatación. Yo aseguraría que no sólo se producen allí terremotos, sino que éstos son incluso más fuertes y violentos que en la Tierra.

—No es una buena noticia —dijo el Almirante—. Tenemos planes para establecer allí una colonia; una cabeza de puente para una posterior y metódica conquista del resto del circumplaneta. Ese mundo es enorme. Nuestra raza podría vivir y multiplicarse en él sin problemas de espacio durante muchos milenios en el futuro.

Uno de los contertulios era el doctor Reixidor, notable arquitecto y urbanista, quien dijo:

—Nuestros planes no tienen que ser modificados ni aun en el caso de que el circumplaneta sea propenso a los seísmos. Es

presumible que existan zonas donde las roturas y plegamientos sean frecuentes, y otras donde jamás se produzca un terremoto. No vamos a construir allí megalópolis monstruosas pobladas de rascacielos al estilo de las ciudades de VALERA[1]. En el circumplaneta el hombre verá satisfecha su aspiración de vivir en contacto con la Naturaleza, en casas no demasiado grandes, preferiblemente de una sola planta, con mucho terreno alrededor y bastante alejadas unas de otras para no molestarse mutuamente, pero no demasiado para que no sintamos la sensación de encontrarnos solos. Casas familiares, de construcción sólida, aunque ligera, en forma de cajas indeformables no ancladas al subsuelo, resistirían cualquier clase de seísmo sin sufrir el menor desperfecto. También levantaremos centros urbanos donde estará centralizada la administración, industria, servicios y otros centros de atracción. La gran dispersión de nuestras ciudades del futuro implicará el retorno a los medios de transporte individual, pequeñas aeronaves en lugar de automóviles, que no necesitarán costosas autopistas y circularán por canales electrónicos, devolviendo a nuestra sociedad el placer de poder viajar a cualquier parte con total autonomía.

—¡Magnífico, Doctor! —exclamó el Almirante—. Espero que nuestra sociedad del futuro se sienta feliz en ese mundo que le estamos preparando.

—Yo pienso que tendremos que ofrecerle atractivos muy grandes para animarle a abandonar el autoplaneta —dijo el doctor Abelardo Ross.

—No esperamos que la gente nos siga masivamente. Un éxodo en gran escala al circumplaneta nos crearía más problemas que ventajas —dijo el arquitecto—. Un núcleo de no más de dos millones sería el ideal para empezar. De momento podríamos acomodarnos en Topera.

La primera expedición científica que exploró el circumplaneta había llamado Topera a una ciudad subterránea excavada enteramente en el corazón de una montaña. Cuando los exploradores entraron en la ciudad, después de poner en fuga a los insectos que la habitaban, pudo comprobarse que aquella urbe había sido construida por seres humanos.

Ahora Topera está siendo reacondicionada. Aquello no era todavía la ciudad soñada por el doctor Reixidor y el Almirante

Aznar, pero considerando las circunstancias era el más seguro refugio.

Mientras se trabajaba activamente para acondicionar Topera, un numeroso grupo científico que abarcaba un amplio abanico de especialidades: geólogos, oceanógrafos, biólogos, agrónomos, entomólogos y arqueólogos, trabajaban en sus ramas respectivas teniendo la ciudad como base de operaciones.

El jefe coordinador de estos trabajos de investigación era el profesor don Mario Valera, un hombre delgado de aspecto distraído, descendiente de una larga familia de astrónomos y exobiólogos, el primero de los cuales fue el descubridor del actual autoplaneta VALERA.

Don Mario Valera, su hijo Alejandro y el doctor Abelardo Ross, habían estado juntos en la expedición del Almirante Aznar al circumplaneta. Solía decirse que nada unía tanto a los hombres como el riesgo compartido. En el circumplaneta, la expedición científica se había visto en verdaderos apuros, y de resultas de ello se afianzó la amistad entre los componentes del grupo.

El doctor Ross había recurrido al profesor Valera para tener libre acceso a los ordenadores del Instituto Tecnológico de Ciberburgo, y en justa correspondencia don Mario fue el primero en conocer el feliz resultado de los estudios llevados a cabo por Eladio Ross sobre las inscripciones descubiertas por los Castillo en la ciudad muerta de Cifra. Don Mario felicitó por teléfono al joven Ross y le propuso unirse a la expedición arqueológica, que iba a regresar en breve al circumplaneta con mejores medios para continuar las excavaciones. Y Eladio Ross había aceptado encantado.

Sin embargo ahora Eladio sentía enfriarse su entusiasmo, frente a la actitud hostil de los Castillo. Porque se daba la circunstancia que el profesor Castillo era el jefe de la misión arqueológica.

Los Castillo sólo permanecieron un rato más en la casa de los Aznar. Mientras el profesor se despedía de los Aznar y el resto de la tertulia, Silvana Castillo miraba fijamente a Eladio Ross y decía:

—Tengo entendido que va a acompañarnos a Cifra.

—Si a usted no le molesta —contestó Eladio.

—¿Por qué habría de molestarme? —dijo la muchacha sonriendo—. Debemos darle la oportunidad de ponerse en ridículo. Será divertido.

El profesor Castillo pasó por delante de Eladio sin dirigirle la palabra, y Silvana le siguió llevando su magnetófono colgado del hombro. Poco después los Ross se despedían a su vez y abandonaban la casa.

CAPÍTULO II

DESDE hacía un año, el planetillo VALERA giraba en una órbita circular de ciento cincuenta millones de kilómetros de radio alrededor del sol. Cuarenta millones más lejos, más o menos la misma distancia que existía entre Venus y la Tierra, giraba en el mismo plano un anillo de materia solidificada de diez millones de kilómetros de grosor, y mil ciento noventa y tres millones doscientos mil kilómetros de desarrollo interior.

Este aro gigantesco era el hiperplaneta sin nombre, a quien por su forma particular los astrónomos valeranos habían dado en llamar “circumplaneta”.

Al cabo de un año, el circumplaneta era todavía un enigma para los científicos valeranos. Este mundo gigantesco en forma de anillo estaba habitado por una raza de grandes insectos sociales, de una especie semejante a la “mantis religiosa” terrícolas, que habían desarrollado una civilización particular e iniciado un progreso tecnológico equiparable al terrícola hacia la primera mitad del siglo XX.

Pero se sabía, ya sin lugar a dudas, que otra raza, de una cultura muy superior había habitado el circumplaneta antes que los insectos.

Cuando el autoplaneta VALERA acababa de abandonar REDENCIÓN, sus sensibles aparatos detectaron unas misteriosas señales que, procedentes del espacio profundo, parecían ser la llamada de una civilización extragaláctica, empeñada en un esfuerzo por dar a conocer su existencia a los restantes habitantes del Universo.

Aunque se suponía que la fuente de emisión se encontraba a decenas de miles de “años luz” de distancia, los tripulantes del autoplaneta pusieron a éste en el rumbo que llegaban las señales, alentando la esperanza de alcanzar algún día su lugar de

procedencia. Porque aunque las distancias intergalácticas eran siempre enormes, los tripulantes de VALERA tenían un tanto importante a su favor. Para ellos el tiempo no tenía el mismo valor que para los habitantes del planeta REDENCIÓN, del cual se alejaban, o para los habitantes del planeta desconocido, hacia el cual viajaban.

Moviéndose en el espacio a una velocidad próxima a la de la luz, los viajeros experimentaban en sí mismos el fenómeno de enlentización del tiempo que el gran Albert Einstein había anticipado al formular su famosa teoría de la relatividad. Para expresar este fenómeno se recurría a veces al ejemplo del movimiento del péndulo del reloj.

Albert Einstein aseguraba que ningún cuerpo podía viajar a mayor velocidad que la luz. Parecía existir cierta barrera invisible, al traspasar la cual, un cuerpo que se moviera a mayor velocidad que la luz, adquiriría dimensiones inconmensurables.

Pero si esto ocurría en la misma barrera de la luz, el fenómeno no debería producirse de un modo instantáneo en el mismo límite de velocidad de la luz, sino que empezaría a manifestarse de una manera gradual a medida que el móvil aceleraba acercándose a la velocidad tope.

De esto se deducía que, con el aumento progresivo de la velocidad, los cuerpos tendían a crecer en tamaño, es decir, aumentaban su masa. Luego si se situaba un reloj de péndulo a bordo de un móvil que acelerara continuamente, la masa del péndulo crecería proporcionalmente con el aumento de la velocidad, se haría más pesado y también se prolongaría la longitud del brazo. El péndulo se movería más despacio, al tener que recorrer un arco mayor, y las saetas del reloj acusarían un retraso con respecto a los relojes situados en la Tierra. Retraso que sería lógicamente mayor cuanto mayor fuera la velocidad del móvil y cuanto más durara el experimento.

Sí junto con el reloj se encontraban seres humanos, cuando éstos regresaran al punto de partida encontrarían sus relojes retrasados en años y en siglos respecto de los relojes de su planeta. ¿Pero qué habría ocurrido con los tripulantes? ¿Se trataba solamente de una ilusión engañosa, puesto que el tiempo había transcurrido normalmente mientras sus relojes andaban más despacio?

No, no era pura ilusión. Los cosmonautas habrán vivido al mismo ritmo de sus relojes. ¿Por qué?

Existía un fenómeno físico, todavía no bien determinado, que hacía que los viajeros vivieran al tiempo de sus relojes en una aeronave que viajara a una velocidad próxima a la de la luz. No solamente los relojes resultaban afectados por la velocidad. Las funciones biológicas y fisiológicas, el mismo pensamiento humano, era afectado también y experimentaban un retardo proporcionalmente al aumento de la velocidad.

Para expresarlo de un modo gráfico, si los habitantes del planeta REDENCIÓN hubieran podido recibir imágenes de televisión desde el autoplaneta VALERA, cuando éste viajaba a 280.000 kilómetros POR SEGUNDO, habría ocurrido algo sumamente curioso.

El hombre de REDENCIÓN se levantaría de la cama y encendería su televisión. Vería a un hermano que viajaba en el autoplaneta disponiéndose también a levantarse de la cama para iniciar las tareas de un nuevo día.

El hombre de REDENCIÓN se pondría las zapatillas, bostezaría y se dirigiría al cuarto de baño. Se ducharía, se limpiaría los dientes y afeitaría.

Al regresar a la habitación para vestirse, el hombre de REDENCIÓN echaría un vistazo a la pantalla y vería a su hermano, a millones de kilómetros de allí, en el autoplaneta VALERA, sentándose en el borde de la cama. Mientras el hombre de REDENCIÓN acababa de vestirse el otro todavía estaría calzándose una zapatilla.

Los movimientos del viajero de VALERA serían de una lentitud exasperante para el hombre de REDENCIÓN. Mientras éste realizaba todos sus actos a un ritmo normal, vería al otro como en una de aquellas películas ralentizadas que mostraban el momento de la llegada a la meta de un atleta o un corredor de bicicleta… o más despacio todavía.

El hombre de REDENCIÓN tomaría su desayuno, saldría de casa y pasaría la mañana ocupado en actividades diversas. Cuando regresara a la una a su domicilio y se pusiera a comer, encendería la televisión para seguir los movimientos de su hermano. ¡El hombre de VALERA todavía estaría en la ducha!

Sin embargo, para el hombre de VALERA, todo habría

transcurrido en el tiempo y ritmo normales. Y su pensamiento funcionaría al mismo ritmo sincronizado de sus movimientos. Así era cómo ocurrían las cosas.

Durante quince años, mientras el autoplaneta viajaba en la dirección que venían las señales, siguieron recibiéndose aquellas misteriosas pulsaciones que, una vez descifradas, resultaron referirse a una fórmula de aplicación universal; la constante de estructura fina, que se utilizaba en la mayoría de los casos de manipulación de la desintegración de la materia, y cuyo valor conocido era de 137,039.

Luego, un día, se interrumpieron las señales, y nunca más volvieron a registrarse.

El autoplaneta continuó viajando en el mismo rumbo, hasta que doscientos sesenta años después llegó a la vista del hiperplaneta. Mientras las señales recorrían el espacio hasta los receptores de VALERA, y luego mientras VALERA llegaba hasta aquí, se calculaba que en el hiperplaneta debían haber transcurrido por lo menos 25.000 años. ¿Pero fue de aquí de donde realmente salieron aquellas señales inteligentes?

Sí, los científicos valeranos lo habían demostrado de forma concluyente. Se descubrieron, a todo lo largo del borde de la plataforma planetaria, unas instalaciones que en un tiempo remoto estuvieron alimentadas por generadoras nucleares. Cada una de estas instalaciones o "estaciones", perfectamente alineada respecto a las demás, contenía un poderoso electroimán.

Se trataba, simplemente de un sincrotrón o acelerador de partículas a escala gigantesca.

La primera partícula subatómica era proyectada desde una estación de salida y, atraída por el electroimán de la segunda, pasaba a través de ésta, atraída por la tercera, y así sucesivamente. De estación en estación, la partícula iba siendo progresivamente acelerada hasta la velocidad de la luz, y finalmente era despedida al espacio.

Estas partículas, emitidas en forma de ráfagas intermitentes (como los puntos y rayas del alfabeto Morse) salían despedidas desde el borde del circumplaneta en todas direcciones. Su alta energía debía permitirles viajar millones de años hasta alcanzar los confines del Universo.

Ésta habría sido la poderosa emisora de donde salieron las señales destinadas a dar a conocer al universo la existencia de una vida inteligente en el hiperplaneta.

Pero toda la vida inteligente en el circumplaneta estaba representada por una raza de insectos sociales, las “mantis”, cuya civilización se consideraba reciente, por comparación con la antiquísima cultura que debieron desarrollar los anteriores habitantes del circumplaneta. Pues era cierto, y esto se había podido demostrar, que allí existió otra civilización distinta y muy anterior a la desarrollada por los insectos gigantes.

A la pregunta de cómo pudo extinguirse una raza que había alcanzado los más altos niveles culturales y tecnológicos, esperaban contestar los científicos reconstruyendo el pasado del circumplaneta a través de sus investigaciones.

Por esto eran importantes las excavaciones arqueológicas que iban a realizarse en las ruinas de la ciudad muerta de Cifra.

La importancia que se daba a la misión arqueológica podía deducirse de los medios destinados a ella; un crucero de la Armada Sideral repleto de material de investigación, maquinaria pesada, equipo diverso, provisiones, personal técnico y una pequeña fuerza de protección.

Con tres días de demora sobre la fecha prevista, a causa de la complejidad de la carga, el crucero sideral BRASILIA zarpó de la base militar El Páramo, penetró en un largo túnel que atravesaba los cien kilómetros de espesor de la corteza del planetillo y salió al espacio para acelerar impulsado por sus poderosos motores fotónicos de popa.

El crucero BRASILIA, como todos los de la nueva serie STELAR, estaba proyectado para realizar largas misiones en el espacio. Construido de una sola pieza, su casco estaba protegido en todas sus partes por una coraza de “dedona” de tres metros de espesor.

Una curiosidad de la Armada Sideral consistía en seguir aplicándose la designación de “buque” a aeronaves proyectadas y construidas para moverse en el vacío cósmico. Los uniformes de la Armada Sideral eran blancos y variaban poco de los antiguos uniformes de la Marina de Guerra de los tiempos pretéritos, y los términos que se usaban eran esencialmente marineros, como “abordo”, “babor”, “estribor”, “a popa” y muchos más. Los grados

militares eran los mismos que en las viejas armadas; alférez de fragata y de navío, capitanes de corbeta, de fragata y de alto bordo, contralmirantes, vicealmirantes y almirantes… todo el complejo y pintoresco mundo marinero trasladado a estos navíos del espacio.

El responsable de la seguridad de la misión arqueológica era el Contralmirante MacLane, y su oficial de relaciones el teniente de navío Dora Gálvez, una bella señorita de grandes ojos azules, amable, seria y eficiente. La misión de la señorita Gálvez consistía en atender a los científicos en todo aquello que se relacionaba con el alojamiento, horarios de las comidas, comunicaciones con el autoplaneta, distracciones y orientaciones sobre cualquier asunto.

Para la mayoría de los pasajeros, este viaje espacial constituía una excitante novedad, y Eladio Ross se contaba entre éstos.

Igual que los habitantes continentales de tierra adentro llegaban a perder la noción de la existencia del mar, que tal vez nunca llegaran a ver, ocurría a millones de habitantes del planetillo VALERA, con respecto al espacio sideral. Esto resultaba tanto más curioso cuando que VALERA, por sí mismo, era una gigantesca cosmonave que estaba moviéndose continuamente en el espacio.

VALERA era una esfera hueca, que albergaba en su interior un mundo equivalente a la superficie de tres veces Europa; un mundo con aire, mares, bosques y ciudades, alumbrado y calentado por un sol artificial.

El hombre había hecho del interior del planetillo un mundo a la medida de sus gustos y necesidades.

Inmerso en la vida dinámica de sus populosas urbes, trabajando en sus fábricas, o disfrutando un fin de semana en el campo o el mar, el valerano llegaba a olvidarse durante largos períodos de tiempo de aquel espacio que nunca veía, y en el cual su mundo se movía a velocidades escalofriantes recorriendo cada día distancias astronómicas.

La vida a bordo del BRASILIA era confortable, a pesar de que, siendo grande, el buque sólo tenía instalaciones para una tripulación de trescientos hombres, siendo casi doble el número de viajeros, entre astronautas, soldados, operarios y científicos. Pero la travesía sería corta, sólo seis días hasta Topera, y quizás un día más hasta la ciudad muerta de Cifra, y reinaba a bordo buena predisposición para soportar cualquier pequeña molestia, pues todo

el personal estaba formado por voluntarios.

Como la distribución de alojamientos se había hecho por sorteo, sin establecer diferencias entre categorías sociales ni profesionales, le correspondió a Eladio Ross una litera en una bodega acondicionada para el caso, en compañía de otros veintitrés hombres.

Uno de sus compañeros de dormitorio era un hombre de treinta años, Antonio Blasco, el cual padecía de ataques epilépticos y constantes jaquecas, Blasco sufrió un aparatoso ataque epiléptico el segundo día de viaje y fue llevado a la enfermería, donde el doctor Ortín-Vilá, médico de a bordo, le administró un calmante.

Eladio se interesó por Blasco y fue a visitarle a la enfermería pasado el ataque. Blasco estaba desolado:

—El doctor quiere hacerme regresar. Dice que me desembarcarán en Topera, para que me recoja alguna de las aeronaves que van allí con frecuencia y me devuelva a VALERA.

El campo profesional de Eladio no era la Medicina General, sino la psiquiatría. Se interesó por Blasco y le hizo muchas preguntas. Descubrió que se trataba de un tipo leptosomático, introvertido melancólico, de una extrema sensibilidad a los agentes psicoexternos. Confesó sufrir alucinaciones y citó algunos casos propios de metagnomía.

Eladio le propuso curarle de sus jaquecas, el hombre consintió y se dejó sumir fácilmente en un profundo sueño hipnótico.

Con la intención de conocer hasta dónde le había mentido, Eladio le preguntó si conocía a la teniente Dora Gálvez. Blasco dijo que no la conocía, y en el estado que se encontraba no mentía.

—No se mueva, va a ir a buscarla con el pensamiento —le ordenó Eladio—. Es una chica alta, rubia, de ojos azules y muy guapa. Viste uniforme blanco, es un oficial de la Armada.

—¿Dónde está? —preguntó Blasco.

—Está en este buque. Búsquela.

Blasco apretó los párpados, como concentrándose en sí mismo. Mentalmente recorría las cuatro cubiertas del buque y sus innumerables dependencias, subía y bajaba escaleras, abría y cerraba puertas.

—No está en el buque —afirmó.

—Está, seguro. Búsquela —ordenó Eladio imperioso.

Después de otros cinco minutos Blasco asintió:

—No está en el barco.

Eladio Ross consultó la hora. Eran las cuatro de la tarde. Desistió del experimento y habló al enfermo suave y persuasivamente. Blasco, al despertar debería olvidar todo lo que habían hablado, olvidaría esta sesión de hiloclastia y también su obsesiva jaqueca.

Le dejó durmiendo en un sueño tranquilo que debería durar varias horas y salió de la enfermería para ir a vestirse para la cena.

Si bien en la distribución de las camas se había acudido al democrático sorteo, no ocurría lo mismo con los turnos para el comedor. Era lógico que cada uno buscara la compañía de aquellas personas que por amistad o afinidad de caracteres y gustos le resultaran más gratas, y Eladio comía en el turno de los científicos, aunque en mesa distinta de la plana mayor de la expedición, de la que formaban parte los Valera, los Castillo, el Contralmirante MacLane y el jefe de los geólogos, profesor Navarro.

A cambio de no ser considerado entre los importantes, Eladio Ross tuvo la suerte de compartir la mesa con la "relaciones públicas" teniente Dora Gálvez, cuya sola contemplación constituía un recreo para la vista.

La belleza no era la única cualidad de la teniente Gálvez, aunque para la mayoría de la gente aquélla ocultaba todas las demás. Mientras cenaban, la teniente Gálvez contó haber servido de guía a la señorita Castillo, al joven Valera y al profesor Navarro en una excursión singular. Abandonando el buque por una escotilla de escape, habían flotado durante casi una hora en el vacío, admirando el incomparable espectáculo del circumplaneta, brillando como un aro magnífico en la negrura de la noche estelar.

—¿A qué hora salieron ustedes del buque? —preguntó Eladio Ross recordando de pronto su fracasada experiencia con Blasco.

—A las tres y treinta minutos, aproximadamente.

¡Blasco no había fracasado! Su búsqueda mental por todo el buque había resultado realmente infructuosa, porque a esa misma hora la teniente Gálvez no se encontraba en el buque.

Entre los compañeros de mesa de Ross se contaban el jefe de los topógrafos, un joven agradable llamado García, y un ingeniero electrónico llamado Héctor Balboa. Fue iniciativa suya pedir a la teniente Gálvez que les acompañara en una excursión semejante a

la que realizaron aquella tarde otros miembros de la expedición. La teniente Gálvez consintió.

Quedaron en llevar a cabo la excursión al día siguiente. Previamente quedaron citados en el arsenal de la aeronave, donde cada uno fue provisto de un traje de vacío, consistente en una armadura completa y una gran escafandra de un cristal azul.

La teniente Gálvez, además de su traje de vacío llevaba adosada a la espalda una caja metálica en forma de mochila, "back" en la terminología de la Armada, "equipo de vuelo individual" en lenguaje profano.

Sujetos los tres pasajeros por cuerdas a una cincha de lona alrededor de la cintura de la teniente Gálvez, los excursionistas salieron por una escotilla de escape en el techo del crucero sideral.

Al salir al espacio, la teniente Gálvez hizo funcionar su equipo volador, las cuerdas se pusieron tensas y Eladio Ross sintió que sus pies se despegaban del piso. Simultáneamente le invadió una extraña sensación de vértigo.

—Es efecto de la ingravidez —dijo la teniente.

Envuelto en aquella rara sensación, Eladio Ross se vio flotando en el espacio por encima de la larga cubierta del crucero sideral. El leve impulso inicial parecía que no iba a cesar jamás, como así era en efecto. Allí, en el vacío, no existía nada que frenara su impulso ascensional; ni fuerza de gravedad ni aire.

El crucero sideral parecía inmóvil allá abajo. Pero se estaba moviendo a gran velocidad, y ellos con él, porque al separarse de la cubierta iban impulsados de la energía cinética que también arrastraba al navío. Pero los puntos de referencia estaban lejos, y no se apreciaba el cambio de posición constante.

—Miren a su alrededor, ahí está el circumplaneta.

Eladio se desentendió del vago temor que le dominaba al alejarse del buque y miró en torno. ¡Qué singular belleza la de aquel mundo en forma de anillo!

Frente a él, relativamente cerca, podía ver la ancha plataforma que se extendía diez millones de kilómetros de uno a otro borde. La veía en su total anchura, con sus blancos bancos de nubes, sus grandes manchas continentales y el espejo de los extensos mares heridos por el sol…

El sol, como una estrella lejana y pequeña, estaba en el centro

geométrico del circumplaneta iluminándolo todo por igual. La ancha plataforma se curvaba hacia arriba y se estrechaba tanto más cuanto más lejos. Se curvaba y se estrechaba, se hacía cada vez más angosta, se adelgazaba en la distancia, subía sin dejar de curvarse, como un puente de plata, y se perdía en forma de un delgado hilo de oro más allá del sol. Luego reaparecía por detrás del astro y el hilo iba engordando de nuevo, ensanchándose, dibujando un maravilloso arco plateado, una curva perfecta que venía a enlazar, sin principio ni fin, en la ancha plataforma donde comenzó el viaje visual.

—¡Dios mío, qué hermoso es! —exclamó Eladio extasiado ante la magnificencia de aquel espectáculo portentoso.

La teniente Gálvez dio una voltereta en el vacío y abrió el regulador de su "back" para detener el impuso inicial que les estaba alejando del buque. Las cuerdas tiraron de los tres hombres y éstos empezaron a voltear lentamente sobre sí mismos. Entonces a la vista pareció a cada uno que él estaba inmóvil, y eran sus compañeros, el crucero sideral y el gigantesco aro plateado del circumplaneta, el sol y las estrellas los que giraban cambiando constantemente de eje, en una danza fantástica de luz y sombra.

La diversión se prolongó un largo rato, hasta que la señorita Gálvez anunció que regresaban al buque.

Aquella noche, durante la cena en el comedor, no se habló de otra cosa que de la emocionante excursión al espacio.

La excitación de los excursionistas todavía duraba al día siguiente. Luego, la emoción de la inminente arribada al circumplaneta y los preparativos para el desembarco arrinconaron el grato recuerdo de la singular excursión.

El crucero sideral, que ya llevaba dos días frenando el uniforme impulso adquirido en los días anteriores, penetró en la atmósfera del hiperplaneta y voló sobre un inmenso océano en dirección a un amplio seno que formaba la costa entre dos altas cordilleras.

CAPÍTULO III

EL BRASILIA iba a desembarcar en Topera grandes cantidades de material de construcción y más de un centenar de operarios voluntarios. El profesor Valera y su hijo Alejandro terminaban su viaje allí.

Muchos de los que iban a continuar hasta la ciudad muerta de Cifra solicitaron permiso para desembarcar durante unas horas y visitar Topera. Entre éstos se encontraba el doctor Ross.

La primera sensación que se experimentaba al pisar tierra era la de un calor húmedo y denso. El circumplaneta era un mundo tropical, porque situado el sol en el centro, sus rayos incidían perpendicularmente sobre todos los puntos de la cara interna del anillo.

Esta particular disposición del sol habría hecho insoportable la vida en el circumplaneta, de no existir un sistema de refrigeración natural.

Así como en la cara expuesta al sol reinaba un día interminable, en el lado opuesto del anillo era una noche sin fin. Esta región de perpetuas sombras, cubierta totalmente de hielo, era la que actuaba como moderador de la temperatura.

El aire calentado por el sol en la cara interna se hacía más ligero y circulaba por las altas capas de la atmósfera en dirección a los bordes de la plataforma. Éstos eran los vientos contraalisios. En sentido contrario, el aire frío procedente de la zona de los hielos y la noche eterna, circulaban bajos desde los bordes de la plataforma hacia el interior. Éstos eran los vientos alisios.

Teóricamente la temperatura debería ser uniforme en todo el circumplaneta, pero de hecho existían diferencias climáticas de unas a otras regiones, estando estas diferencias determinadas por la presencia de los mares, las cordilleras y las diferencias de altura.

Resumiendo, en fin, las características más notables del

circumplaneta eran un clima tropical con abundancia de lluvias, su eterno día sin noche, y la persistencia de los vientos, que fácilmente adquirían el carácter de auténticos huracanes.

Topera era una ciudad singular. Excavada totalmente en la roca de una enorme montaña, era capaz para acomodar más de un millón de habitantes. Su vía principal era una grieta de más de 200 metros de ancha y 500 metros de altura, que se prolongaba en una longitud de trece kilómetros en dos fachadas únicas, una a cada lado, con hileras interminables de redondas ventanas.

La disposición de la ciudad, la altura de los techos y la distribución de los miles de apartamentos, era muy semejante a las ciudades subterráneas de la Tierra. Todo, en fin, indicaba que Topera había sido construida para ser habitada por seres que, en su constitución física, y en su organización social, no debían ser muy diferentes del terrícola.

La existencia de otra ciudad en la superficie, Cifra, completamente distinta en situación y concepción, estaba suscitando acaloradas discusiones entre los sociólogos de VALERA, sobre el uso real de esta otra ciudad subterránea.

La opinión más generalizada, era que Topera nunca fue utilizada como residencia permanente de los anteriores habitantes del circumplaneta. Éstos vivirían habitualmente en Cifra, y tendrían a Topera como ciudad refugio donde se guarecerían en caso de peligro.

La distancia entre Topera y la ciudad abierta de Cifra (más de mil kilómetros) ponía en entredicho esta teoría.

Los grandes insectos sociales que en la actualidad dominaban el circumplaneta (las “mantis”) habían habitado Topera durante más de 20.000 años, destrozándola completamente. La ciudad subterránea había tenido anteriormente una completa instalación de agua potable, servicios sanitarios, aire acondicionado y luz eléctrica en todos los miles de apartamentos familiares. Pero estas instalaciones acabaron estropeándose por el mal uso y la debida falta de atención.

La sociabilidad de las “mantis”, en todo caso, no parecía ir mucho más allá del llamado “espíritu de colmena”. Sus costumbres tenían un marcado paralelismo con las de las hormigas terrícolas, y como éstas, su organización tenía por base la rígida división de

clases. La reina era el único elemento fértil de la colonia.

Al salir del huevo, todas las "mantis" eran iguales, pero un corto número de ellas recibían al parecer una alimentación y unos cuidados especiales que las convertían en machos y en reinas. Solamente las reinas y los machos tenían alas.

En los hormigueros terrícolas era costumbre dejar una sola reina y exterminar a todas las demás, pero en la sociedad de las "mantis" se apreciaban algunas diferencias, pues además de la reina se permitía vivir a las princesas. Por el contrario, se asesinaba a todos los machos una vez cumplida su misión de fecundar a la reina.

Mientras la reina, ya fecundada, se encerraba en su ciudad para dedicarse a una febril procreación, las restantes "mantis" aladas, las "princesas", pasaban a ser miembros de la Corte. Su posición social estaba muy por encima de las otras clases; los soldados y las obreras.

Pero no sólo en lo social eran superiores los miembros de la realeza. Su coeficiente de inteligencia estaba muy por encima de las clases inferiores. Las "princesas" desarrollaban toda la actividad intelectual de la colonia; eran ingenieros, arquitectos, y científicos. Y sólo a ellas se les confiaba el control de las fuerzas armadas.

Todas las aeronaves capturadas o derribadas por los terrícolas estaban tripuladas por estos miembros alados de la nobleza.

El mundo de las "mantis" estaba estructurado sobre bases de increíble crueldad y despotismo. El circumplaneta era enorme —su superficie habitable equivalía a la de veintitrés millones, quinientos sesenta mil planetas como la Tierra— y solamente una cultura de perfección sobrehumana habría conseguido y mantenido una perfecta unidad política en todo este territorio.

Las "mantis" estaban muy lejos de poseer las condiciones ideológicas indispensables para lograr esta unidad. La realidad era que las "mantis" estaban fraccionadas en infinito número de colonias que, aunque organizadas sobre idénticas estructuras, estaban sin embargo en continua guerra entre sí.

Esta ferocidad belicosa de las "mantis" parecía ser una condición inherente a sus instintos más primarios. Pese a que el circumplaneta debería ser suficientemente grande para dar cabida a todos, los grandes insectos parecían poseídos del incontenible impulso de la mutua aniquilación.

Una razón admisible sería su extraordinaria capacidad para reproducirse. Una sola reina ponía en el curso de su existencia millones de huevos. Sin estas continuas guerras de exterminio, dadas las condiciones ambientales favorables para el desarrollo de estos insectos, el circumplaneta habría sido pronto desbordado por un exceso de población.

La implacable ley de la conservación de la especie, de aplicación universal, subyacía en lo más profundo del instinto de estos insectos.

Topera ahora estaba siendo reconstruida con vistas a una inmediata utilización como cabeza desembarco de la que sería primera colonia terrícola.

Los terrícolas-valeranos llevaban hecha una gran labor allí, pero todavía se tardarían años en devolver a la ciudad su primitivo aspecto. El Gobierno de la República de VALERA demostraba escaso entusiasmo en los planes del Almirante Aznar, y no atendía de forma adecuada los constantes pedidos de material.

Una errónea política de austeridad había colocado a la industria de VALERA en condiciones precarias para atender incluso las demandas de equipo de la propia República[2]. Con mayor razón no acudiría en ayuda de una empresa que no contaba con el apoyo mayoritario del Senado.

El Almirante Aznar, desde su puesto en la Cámara de Representantes, hacía lo que podía. Sólo gracias al entusiasmo del Almirante y sus partidarios continuaba la tarea de rehabilitación de Topera.

Después de permanecer seis horas en la ciudad, los visitantes regresaron al BRASILIA, que hacía sonar su sirena llamando a bordo a los pasajeros. Media hora más tarde el crucero sideral se elevaba en el aire como un globo dirigible y, pasando sobre la formidable cordillera, con alturas de hasta 4.600 metros de altura, ponían rumbo a la ciudad muerta de Cifra.

La ciudad estaba situada en el borde de un altiplano, a más de dos mil metros de altura sobre el nivel del mar, entre unas colinas en mitad de la pradera. La llanura era fértil, de clima cálido, pero más seco y, en general, más sano que las tierras bajas cubiertas de selva.

Las cuatro colinas que limitaban el contorno de la ciudad

configuraban un trapecio de dieciocho kilómetros cuadrados de superficie. Cifra había sido una ciudad enteramente de piedra. Desde el aire ofrecía un aspecto de melancólico abandono. Todavía podía apreciarse el trazado rectilíneo de las principales avenidas, que más que verse se adivinaba por la alineación de ciertas columnas milagrosamente en pie. En realidad y a más de quinientos metros de altura, las ruinas pasaban desapercibidas a la vista.

El altiplano quedaba muy expuesto a los vientos, y los aportes de tierra habían sepultado enteramente las ruinas en el curso de los milenios. La hierba crecía alta, y solamente las columnatas y algunos muros derrumbados servían como puntos de referencia para adivinar la línea de las calles por donde en un tiempo remoto discurría la vida.

La plana mayor de la misión arqueológica había decidido establecer su campamento en la parte alta de la ciudad, en la suave ladera de una de las colinas, desde donde se dominaba toda la hondonada. El crucero sideral descendió sobre el punto escogido, y después de tocar tierra, su casco todavía se hundió doce metros en el suelo, donde quedó firmemente incrustado. El amplio portalón del costado del buque todavía quedaba a cuatro metros de altura del suelo.

Aunque en el circumplaneta reinaba un día eterno, según el horario de a bordo, sincronizado con el tiempo del planetillo VALERA, eran las nueve de la noche.

No sólo se cenó con una hora de retraso sobre el horario previsto, sino que muchos faltaron al comedor por encontrarse en otra parte. En la mesa del Contralmirante quedaban tres sillas vacías, las que ocuparon los Valera y el profesor Navarro. El Contralmirante llamó a Eladio Ross.

—Cene con nosotros, Doctor. Tendremos que reorganizar las mesas y los turnos, pero lo haremos mañana. La teniente Gálvez se ocupará de eso.

Eladio Ross se sentó entre Silvana Castillo y el jefe de los topógrafos, García, que también era nuevo en la mesa del Contralmirante. Enfrente tenía a la “relaciones públicas” teniente Dora Gálvez.

La llegada a Cifra, y por consiguiente al final de la travesía, tenía excitado a todo el mundo. El tono de las conversaciones en el

comedor era aquella noche más alto y agudo.

Eladio Ross preguntó al Contralmirante MacLane cuándo podría desembarcar.

—Mañana. Previamente al desembarco debemos tomar algunas medidas de precaución —dijo el Contralmirante.

En general todos mostraban escaso apetito aquella “noche”. La jornada había sido bastante cansada para la mayoría, y quien más, quien menos, todos deseaban acostarse pronto para estar descansados al día siguiente.

El desembarco de más de un centenar de pasajeros en Topera había dejado libres muchos camarotes. La teniente Gálvez tenía un camarote para Ross y éste se mudó de dormitorio llevando consigo todos sus bártulos.

Aunque ahora tenía un aposento más confortable para él solo, le costó a Eladio conciliar el sueño. Sentía a su alrededor como una atmósfera espesa y electrizada. La señorita Castillo había dicho de Cifra que tuvo la impresión de que las viejas ruinas vibraban como deseando confiar a alguien su secreto. Pero si tal fenómeno se daba entre las ruinas de la ciudad muerta, era poco probable que alcanzara a manifestarse también dentro del navío, a través de los formidables muros de “dedona” de tres metros de espesor que formaban su casco.

Finalmente tomó un libro y, mientras leía, se durmió.

Despertó a las siete y cuarto, con el tiempo justo para afeitarse, vestirse y acudir al comedor. El desayuno se servía a las ocho. Pero, evidentemente, mucha gente había madrugado aquella “mañana”. El comedor estaba casi vacío y la “relaciones públicas”, teniente Dora Gálvez, parecía por primera vez malhumorada. El motivo era la falta de disciplina del equipo arqueológico.

—Hubo quien se levantó a las cinco, asaltó la despensa y corrió afuera. El cocinero está furioso, pues va a tener que tirar la mayor parte de los desayunos.

Ross engulló un par de tostadas, se abrasó la garganta al tomar su café de un trago y se comportó groseramente con la teniente Gálvez, dejándola con la palabra en la boca para salir corriendo del comedor.

En la tercera cubierta, un portalón de tres metros y medio de altura por seis de ancho estaba abierto de par en par. Ross asomó al

exterior y miró con asombro.

Lo primero que llamó su atención fueron unas grandes esferas amarillas y rojas que flotaban como globos en el espacio a unos quinientos metros de altura por encima de las ruinas de la ciudad.

La suave ladera entre el buque y los más próximos muros de la ciudad aparecía lleno de máquinas. Se veía aquí una grúa gigantesca, más allá una veintena de traíllas en batería, carretillas elevadoras, enormes y pesadas excavadoras, camiones “dumpers”, vagonetas volquete, poderosos tractores sobre orugas, más grúas, pequeñas locomotoras de tracción eléctrica, montañas de raíles y de planchas galvanizadas…

Aparte la numerosa maquinaria, todo un pequeño contingente militar parecía haber tomado posesión de aquella cabeza de puente. A un lado y otro, desparramadas por la ladera, como paciendo la alta hierba, se veían unas feas tarántulas mecánicas que descansaban sobre su panza, sus largas y poderosas patas recogidas como dispuestas a saltar en cualquier instante. Cada “tarántula” medía seis metros de longitud y eran de color negro mate, con un gran número amarillo pintado sobre su caparazón.

Más lejos, remontando la colina del otro extremo de la ciudad, se movían dos grandes plataformas lanzacohetes sobre orugas que iban a tomar posiciones.

Los hombres se movían por todas partes, algunos equipados con radiotransmisores de bolsillo. Incluso en medio de aquel caos, se advertía la presencia de una organización que iba poniendo orden en las cosas.

Mientras Eladio Ross dormía, las grandes máquinas de obras públicas habían estado trabajando, construyendo una larga y amplia rampa entre el portalón abierto en el costado del buque y el suelo. Los muros de la rampa eran de sillares de piedra traídos desde las próximas ruinas. Se había rellenado el espacio entre los muros con tierra apisonada, echando encima una capa de hormigón de fraguado rápido, todavía fresco.

Pero ninguna de las máquinas había utilizado la rampa para llegar a tierra. La mayoría de ellas eran demasiado grandes para haber pasado por el portón.

Todo aquel copioso y heterogéneo material había sido traído hasta Cifra reducido de tamaño, metido en cajas de cristal como

preciosos juguetes en miniatura. Las máquinas, construidas grandes y reducidas después aplicándoles la técnica de eliminación de los espacios vacíos intermoleculares, recobraban su tamaño natural sin haber perdido ninguna de sus cualidades ni funciones. Las grandes esferas de diez metros de diámetro que flotaban inmóviles en el aire, las grúas, las montañas de raíles, las “tarántulas” mecánicas… todo había sido traído hasta aquí por aquel fácil y cómodo procedimiento.

Mientras Eladio Ross admiraba aquel trajín de hombres y máquinas apareció a su lado el Contralmirante MacLane que venía acompañado del comandante del buque, capitán de navío Ricardo Arco, los dos con sus blancos uniformes correctamente abrochados los cuellos. Sin embargo, hacía calor, si bien éste no podía compararse al calor viscoso y desagradable de Topera.

—Hola, buenos días —saludó Ross alegremente—. Parece que se ha madrugado para desembarcar todo ese material.

—El profesor Castillo quería comenzar los trabajos inmediatamente, y teníamos que adoptar nuestras medidas de seguridad. Los reactores “mantis” podrían atacarnos en el momento menos pensado.

—¿Cree que pueden atacarnos? —preguntó Ross preocupado.

Pero el Contralmirante se echó a reír.

—No lo espero. Si lo intentaran serían derribados antes de acercarse a menos de mil kilómetros de distancia. Más le temo a una posible incursión por tierra de algún grupo armado. ¿Va a salir usted?

—Me gustaría.

—No vaya desarmado. Pásese por el arsenal y que le den un subfusil. ¿Sabe manejar un arma?

—Hice mis catorce meses de Trabajo Obligatorio en el Ejército.

—No se aleje demasiado, esas ruinas ofrecen gran número de escondrijos y no sabemos si habrá “mantis” en los alrededores.

Eladio Ross volvió atrás, pero en lugar de dirigirse directamente al arsenal pasó antes por su camarote para tomar la cámara fotográfica y un magnetófono con funda y correa para colgarlo del hombro. Buscó un sombrero de lona de tipo australiano y unas gafas de sol, ambos recomendados con insistencia por los organizadores de la misión arqueológica, y finalmente bajó a la

tercera cubierta para buscar el subfusil eléctrico.

Llevando cámara fotográfica y magnetófono cruzados en bandolera, el subfusil colgado del hombro, salió del buque por el portón y bajó la rampa.

Dos grandes máquinas excavadoras se ponían en marcha en dirección a las ruinas, seguidas de una pequeña caravana de camiones volquete.

Toda la maquinaria se movía eléctricamente. Las plantas generadoras eran aquellas grandes esferas rojas que flotaban en el espacio sobre la ciudad. La electricidad producida por los reactores nucleares de las esferas era enviada a través del aire en forma de ondas energéticas. Cada máquina de las que se movían en tierra llevaba una pequeña antena y un equipo receptor de reconversión, el cual transformaba las ondas energéticas en corriente para alimentar los motores.

Los medios tecnológicos de los terrícolas-valeranos eran diversos y poderosos, muy superiores en todos los aspectos a la rudimentaria tecnología de las “mantis” quienes además adolecían del defecto de estar divididas en miles de colonias o “tribus”, empeñadas en continuas guerras entre sí.

Todo lo que se refería a la vida y costumbres de las “mantis” era bien conocido por los terrícolas. Las propias “mantis” facilitaron esta información.

Las “mantis” carecían de cuerdas vocales, pero tenían un lenguaje a base de chirridos modulados que producían por medio de unas membranas situadas a la altura del tórax, las cuales hacían vibrar con los dientes de sierra de sus brazos. Actualmente, utilizando una máquina traductora, hasta un niño podría sostener una conversación con los insectos.

Las “mantis” cogidas prisioneras por la primera expedición del Almirante Aznar al circumplaneta, facilitaron una copiosa e interesante información sobre su propia organización social. Pero, curiosamente, los insectos no guardaban memoria de su remoto pasado. Todavía, a la hora presente, se ignoraba si las “mantis” eran nativas del circumplaneta, o llegaron hasta aquí procedentes de otro planeta.

Siguiendo a las máquinas excavadoras, Eladio Ross llegó hasta los primeros muros derruidos de la ciudad. Cuando pasaba junto a

una de las máquinas, alguien le hizo señas desde el pescante. Era Silvana Castillo, tocada con un curioso sombrero cónico de junco trenzado, estilo coolie chino, y unas gafas ahumadas para el sol.

Saltó de la máquina y fue a reunirse con Ross.

Vestía la joven unos pantalones vaqueros metidos en botas de media caña, y una simple camisa con las puntas de los faldones atadas en un nudo, dejando al descubierto parte del terso vientre y el gracioso ombligo.

—¡Hola! ¿A dónde va usted? —preguntó Silvana señalando la cámara fotográfica y el magnetófono.

—Voy a intentar hacer algo por mi cuenta —contestó Eladio—. Si consigo una psicofonía, tal vez logre traducirla a cristiano y obtener una información inesperada.

—¿Cómo espera conseguirlo? Las computadoras no pueden haberle dado también el valor fonético de los signos.

—¡Ah, es mi secreto!

Silvana Castillo estaba plantada ante él, las manos en las redondas caderas, en una graciosa actitud desafiante. Y en este tono preguntó:

—¿A qué nivel ha estudiado usted los fenómenos paranormales? ¿Sabe realmente lo que se lleva entre manos?

—Sí, eso creo —repuso Eladio modestamente.

La muchacha se pasó la puntita de la lengua por los labios.

—Venga conmigo, le enseñaré el lugar donde grabé mi psicofonía —dijo bruscamente.

Echaron a andar juntos, alejándose de las máquinas excavadoras y tomando a campo través, escalando un muro semiderruido.

Los aportes de tierra cubrían las ruinas en una capa de dos a tres metros de espesor. La acumulación era mayor allí donde los muros ofrecían un obstáculo, formando dunas de suave pendiente por un lado, y de corte brusco por el contrario. La hierba, que en algunos lugares llegaba al hombro de Silvana Castillo, enmascaraba muchos agujeros que eran continuas sorpresas para los confiados. Era preciso andar con cierto cuidado, so pena de romperse una pierna.

Oblicuando entre las ruinas Silvana Castillo guió a Eladio Ross hasta una amplia avenida que corría por el fondo de la hondonada. Los arrastres pluviales habían formado una pequeña barranca por el centro de la avenida, pero el terreno estaba a cuatro metros de

altura a los lados.

Eladio Ross se detuvo a examinar una columna de una serie de más de veinte que formaban una sola línea. La piedra del fuste aparecía erosionada por la acción del polvo que arrastraba consigo el viento.

—Me pregunto por qué construirían de piedra su ciudad los anteriores habitantes del circumplaneta, si conocían la técnica del hormigón armado —dijo Silvana Castillo parándose junto a Eladio.

—También yo me he hecho esa pregunta —dijo Eladio.

—¿Y encontró una respuesta?

—Verá, algunos de nuestros científicos más eminentes sustentan la teoría de que el circumplaneta es un mundo artificial creado por seres inteligentes. Supongamos que fuera así. Los hombres que lo realizaron poseerían poderes tan inmensos que, comparados a nosotros, serían como dioses. Su civilización sería antiquísima. Probablemente antes de crear el circumplaneta habrían apurado todas las formas posibles del acero y el hormigón. Entonces retornarían al empleo de materiales nobles; la piedra y la madera.

—¿Quiere decir que retornarían al empleo de estos materiales, haciendo prevalecer las consideraciones estéticas sobre toda razón de sentido práctico? Resulta difícil creer eso de una civilización tan avanzada.

—La experiencia en nuestra propia civilización nos está demostrando que, a medida que avanzamos en el campo de la tecnología, es posible simplificar todo lo que antes parecía complicado. Si con nuestros medios actuales tuviéramos que levantar una pirámide faraónica, no recurriríamos al empleo de centenares de miles de esclavos durante años. Simplemente, utilizaríamos las ondas gravitacionales para levantar enormes bloques de piedra y dejarlos caer en el sitio preciso. Pero si miramos más lejos todavía, pongamos dentro de un millón de años, la cosa puede ser todavía más sencilla. Quizás nos baste el poder de nuestras mentes para, sin necesidad de máquinas, hacer levitar enormes sillares y trasladarlos a un kilómetro de distancia.

—¡Vaya, Doctor! Sus visiones futuristas entran de lleno en el campo de la ficción. No sería con la fuerza de sus mentes como los habitantes de este mundo hicieron el circumplaneta —se burló Silvana Castillo.

—Lo que pretendo hacerle comprender es que, llegados a determinado grado de perfección científica y espiritual, un pueblo antiquísimo podría retornar a ciertas formas de vida simplificada, donde lo elemental y lo bello se antepusiera a todo lo demás.

Ahora Silvana Castillo se mantuvo en una actitud seria y pensativa.

—Sigamos —dijo de pronto—. Le mostraré el lugar.

Siguieron andando a lo largo de la torrentera.

Un kilómetro más adelante la avenida parecía desembocar en lo que debió ser una plaza circular de grandes dimensiones. Esbeltas columnas de una sola pieza se mantenían perfectamente erguidas, aunque mostrando los efectos de la erosión en los borrosos adornos de sus capiteles. En el centro geométrico de la plaza se levantaba la base de un monolito truncado. El monolito debió ser enorme cuando se mantenía íntegro de pie.

Ahora los restos del monumento estaban esparcidos por el suelo, cubiertos por la tierra y las hierbas.

—De aquí sacamos la inscripción que usted dice haber descifrado —señaló Silvana Castillo a la base del monolito.

Siguieron la marcha adentrándose por otra avenida perpendicular a la primera. Muy lejos habían quedado las máquinas. Aquí el silencio era impresionante, sólo roto de vez en cuando por el zumbar de algún insecto menor. La avenida iba en dirección a una de las colinas. Silvana Castillo se detuvo ante una vieja escalinata que conducía a un atrio conservado en relativo buen estado.

Subieron las escalinatas, pasando entre las columnas, y entraron en un recinto lleno de bloques de piedra tallada, escombros y altas hierbas.

—Aquí fue —señaló Silvana Castillo.

Eladio Ross miró con curiosidad en torno. Al parecer aquello debió ser el patio interior de una casa, especie de peristilo romano al que en otro tiempo daban las habitaciones.

Ross descolgó su magnetófono y lo preparó para hacerlo funcionar sin micrófono. Lo depositó sobre una piedra plana y lo puso en marcha. Mientras tanto Silvana se había alejado curioseando por allí, alejándose hasta que Eladio la perdió de vista.

Dejando el magnetófono en marcha, Eladio recogió el subfusil y

fue en busca de la muchacha. Ella estaba detrás de un muro semiderruido haciéndole señas para que guardara silencio.

Intrigado, Eladio siguió avanzando de puntillas.

Silvana Castillo le indicó por señas que mirara sobre el muro. Eladio estiró el cuello y asomó la cabeza. Detrás del muro había un desnivel como de cuatro metros de altura, formando a modo de un corralillo. En este corralillo vio tres “mantis”, un adulto y dos pequeños de la alzada de un niño de seis o siete años.

Los insectos estaban en una fila, inmóviles, mirándole con sus grandes y saltones ojos, los brazos levantados y las manos casi juntas, como en acción de orar o suplicar. No eran propiamente “mantis”, pero se parecían bastante a los insectos terrícolas de la especie, hasta el punto de merecer este nombre. Solamente la “mantis” adulto estaba armada; entre sus manos levantadas sostenía un largo y fuerte machete de hoja ligeramente curva.

Eladio Ross sintió erizársele los cabellos de la nuca. La “mantis” adulta medía más de dos metros de estatura, y su aspecto era realmente impresionante.

Instintivamente Eladio echó mano del subfusil.

—No los mate —la mano de Silvana Castillo estaba sobre el brazo del doctor.

Eladio miró de nuevo al trío. Los insectos, evidentemente, les habían visto. Y les miraban sin atreverse a hacer ningún movimiento. Ofrecían así cierta sensación de desamparo. El adulto parecía proteger a los pequeños, y éstos se arrimaban a él como asustados.

—Son dos niños —susurró Silvana, como temiendo asustarlos más con el sonido de su voz.

—¡Niños! —repitió Eladio—. ¿Llama usted niños a unos insectos voraces como caníbales? ¿Qué digo? ¡Son caníbales!

—¡Chist, no grite! Mire, les ha asustado.

En efecto, la “mantis” adulto daba de pronto un salto y echaba a correr seguido de los pequeños. Se movían de una forma extraña, moviendo sus cuatro patas a la vez y haciendo oscilar su largo cuello de atrás adelante.

En un abrir y cerrar de ojos desaparecieron saltando por una grieta del muro que estaba tras ellos.

—Se han marchado —suspiró Silvana.

—Les hemos permitido escapar —corrigió Eladio.

—¿No quería usted matar a esos pequeños?

—Esos pequeños se harán grandes en pocos meses y se convertirán en dos bestias feroces, capaces de devorar a un hombre si lo pillan descuidado.

—¿Pero no tiene usted sentimientos, Doctor? No se trata de insectos como los demás, son seres inteligentes como nosotros. ¡Aman la vida como nosotros!

—¡No pretenderá usted situarles a nuestro nivel! Son animales asesinos, rudos… ignorantes.

—No tan ignorantes, Doctor. Han desarrollado una civilización a su modo, incluso tienen su propia industria y su tecnología. Con toda seguridad son más inteligentes que los indios americanos que Cristóbal Colón encontró al desembarcar por primera vez en América. El hecho de que sean distintos a nosotros no nos da derecho a considerarles como alimañas y exterminarles como tales. Si quiere saber si eso es justo, trate de ponerse en su lugar. ¿Qué pensaría usted de nosotros si fuera una “mantis”? ¡También nos vería como bestias!

—Dejémoslo, nunca nos pondremos de acuerdo respecto a este asunto —dijo Eladio Ross retirándose del muro para regresar junto al magnetófono.

Se sentía molesto, como desasosegado. Desde hacía un año los moralistas hablaban de aquel mismo tema preguntándose si debía considerarse a las “mantis” como animales o como seres humanos. ¿O acaso lo humano debía tener forzosamente la forma externa del terrícola? Se trataba de un asunto para discusión, en el que quizás nunca se llegara a un acuerdo.

Eladio rebobinó la cinta magnética y puso los mandos en audición. Pero ningún sonido salió del altavoz. La psicofonía había fracasado. Lo intentó una vez más, con iguales resultados negativos.

—Le aseguro que la mía la obtuve aquí —dijo Silvana Castillo cuando abandonaba aquel lugar.

—Lo intentaré en otro momento más apropiado —dijo Eladio.

En efecto, Eladio regresó al mismo lugar al final de la jornada, cuando cumplido el horario “diario”, las excavadoras y las demás máquinas permanecían inactivas y silenciosas. Mientras para los terrícolas era “noche”, y los cansados miembros de la misión

arqueológica se retiraban a sus camarotes, el día seguía resplandeciendo en todo el circumplaneta.

Completamente solo Eladio Ross regresó al lugar y obtuvo una psicofonía perfecta. Inmediatamente regresó al BRASILIA.

CAPÍTULO IV

MIENTRAS en el resto del buque la mayoría del personal ya estaba durmiendo, en la sala de oficiales se hallaba reunida la plana mayor de la misión arqueológica, comentando los incidentes del día y trazando los planes para la jornada siguiente.

Una característica común en todos los que formaban aquella expedición científica, era el entusiasmo y la dedicación sin reservas que aplicaban a su trabajo. Los allí reunidos eran el profesor Gerardo Castillo y su hija, el profesor Ernesto Setúbal, naturalista y antropólogo, el Contralmirante MacLane, el ingeniero de Obras Públicas Darío Fernández, y el jefe del equipo de topografía Francisco García.

Sobre la larga mesa, entre ceniceros y tazas de café, había extendido un plano de la ciudad muerta. Tan enfrascados se encontraban todos en la discusión de los proyectos de desescombro, que nadie pareció oír los suaves golpes con que alguien llamaba a la puerta.

Finalmente fue el Contralmirante MacLane, el menos afectado por la discusión, quien se levantó y fue a abrir la puerta.

Eran el doctor Eladio Ross y un hombre delgado, de tez pálida y ojos febriles. Silvana Castillo se levantó y acudió también. Vio que el doctor traía en la mano un magnetófono, y que sus ropas estaban llenas de polvo.

—¿Qué ocurre, Doctor? —preguntó Silvana.

—La psicofonía, la conseguí —dijo Ross excitado.

—¿De veras? Me alegro. Supongo que querrá hacérnosla escuchar. Bueno, mañana…

—Mañana no, ahora —dijo Ross interrumpiéndola.

Silvana le miraba como sorprendida. Su padre, el profesor Castillo, preguntó levantando la voz:

—¿Qué ocurre, Silvana? ¿Qué quiere el Doctor?

—El doctor Ross ha obtenido una psicofonía en el mismo lugar que yo grabé la mía. Él quiere que la escuchemos…

—¡Bah, psicofonías! —dijo Castillo despectivo.

—Pase usted, Doctor —invitó la joven—. Si espera a que terminemos escucharemos su grabación. ¿Quién es este hombre?

—Se llama Antonio Blasco, es mi médium.

—¿Ha traído usted un médium? ¿Para qué?

—Voy a intentar un experimento, y quiero hacerlo ante ustedes, para que luego no me tachen de embustero.

Las palabras de Ross, pronunciadas en voz alta y con acento desafiante, habían conseguido atraer sobre él la atención de cuantos se encontraban en la habitación. Todas las miradas estaban fijas ahora sobre él.

—¿Qué es lo que tiene en mente, Doctor? —preguntó el profesor Castillo—. ¿En qué se basa su "experimento"?

—Si la voz que he grabado en mi magnetófono tiene algún significado, voy a intentar descifrarlo. Tal vez estemos perdiendo el tiempo hurgando aquí y allá en las ruinas, cuando todo lo que verdaderamente tiene importancia puede estar contenido en esa voz que nos habla desde otra dimensión.

Castillo, Setúbal, Fernández y García se miraron unos a otros desconcertados.

—Hablando formalmente, Doctor Ross —dijo el profesor Castillo —. ¿Qué valor atribuye usted a los fenómenos paranormales? ¿Cree "de veras" que puede existir algo parecido a un espíritu vagando por las ruinas? ¿Algo, o "alguien", que está intentando manifestarse para confiarnos cualquier cosa?

—Si yo supiera contestarle a eso, mis conocimientos metafísicos serían superiores a la sabiduría de toda la humanidad. De los fenómenos parapsicológicos sabemos que existen, pero todavía ignoramos en razón de qué fenómeno se producen. Respecto a lo que usted me pregunta, en concreto, no creo que exista un ente inmaterial, que en forma de espíritu perviva entre estas ruinas, si bien me guardaré mucho de negarlo de forma categórica. Existe una teoría, según la cual el pasado, lejos de extinguirse, tiene una existencia real, propia e imperecedera. Todo cuanto ha sucedido, existe realmente, o sea, que "es". Si el pasado existe, no puede encontrarse en otro lugar que en la dimensión misma del tiempo,

que encierra todo el universo material. El rayo de luz que en un segundo destella una lámpara no muere, sino que prosigue su vibración alejándose de nosotros en el espacio. Los sonidos también son vibraciones que se apagan y extinguen para nuestro oído, pero esa vibración persiste en el tiempo. El aire a nuestro alrededor debe estar lleno de vibraciones sonoras, demasiado débiles para ser percibidas por nuestro torpe oído, pero si tuviéramos máquinas tan sensibles que pudieran registrar esos microsonidos, seríamos capaces de escuchar también las voces de los seres que en otro tiempo habitaron esta ciudad. En realidad no tenemos esos aparatos, pero poseemos el poder de la mente para alcanzar sonidos e imágenes localizados más allá del espacio multidimensional.

Los hombres guardaron silencio, hasta que el profesor Castillo preguntó:

—En resumen, Ross. ¿Qué es lo que se propone?

—Solamente intentar descifrar la psicofonía, si ello es posible —repuso Eladio.

—¿Aquí?

—Ahora mismo.

Perplejo, el profesor Castillo miró a sus compañeros. Pero la expresión de éstos no decía nada; a lo sumo indiferencia e incredulidad.

—Bien, haga lo que quiera —dijo Castillo encogiéndose de hombros.

Eladio tomó a Blasco del brazo. El hombre era tímido y casi hubo que arrastrarle hasta la butaca que poco antes había ocupado el Contralmirante MacLane en la cabecera de la mesa. Blasco protestó:

—Nunca he hecho esto, Doctor. No sabré cómo ayudarle.

Eladio le sentó en la butaca tranquilizándole:

—No se preocupe por nada Blasco. Confíe en mí y permanezca tranquilo.

Silvana Castillo había empezado a retirar tazas y ceniceros de la mesa y García enrolló el plano de la ciudad. Eladio depositó el magnetófono sobre la mesa y a continuación regresó a la puerta para cerrar y apagar las luces.

Sólo quedó encendida una pantalla de lectura en un rincón de la sala. Los hombres se movieron cambiando de sillas para que el

doctor Ross pudiera sentarse junto a Blasco. Finalmente cesó el ruido de sillas y se hizo el silencio. Blasco se mostraba nervioso y Ross tuvo que tranquilizarlo hablándole persuasivamente.

Blasco dejó de restregar los pies, sus manos aflojaron la crispada presión sobre los brazos de la butaca y sus músculos se fueron relajando poco a poco. Blasco reunía unas condiciones mediúmnicas extraordinarias y en pocos minutos había quedado en trance, los ojos cerrados y respirando tranquila y acompasadamente.

—Muy bien, Antonio —dijo Eladio—. ¿Me escucha?

—Sí —contestó el médium con voz ligeramente apagada.

—Antonio, ahora escuchará usted una voz. Quiero que la atienda con mucha atención.

Eladio puso en marcha el magnetófono, regulando el volumen a una potencia normal. En principio no se escuchó nada. Luego el aparato empezó a silbar suavemente. El silbido se interrumpió de pronto y se escuchó la voz. Era la misma voz humana que muchos de los allí presentes ya conocían por haberla escuchado en la grabación que Silvana Castillo llevó a la tertulia de la casa de los Aznar.

Hablaba la voz claramente en el denso silencio de aquella habitación, donde todos los ojos permanecían fijos en el médium, cuyo rostro era sólo una mancha pálida en la semipenumbra.

La grabación era corta y terminó pronto. Se escuchó un suspiro contenido mientras el doctor Ross paraba el magnetófono y se inclinaba hacia el médium.

—Antonio, ¿has escuchado esa voz?

—Sí.

—Tú sabes lo que dijo. ¡Lo sabes! Repítemelo.

—Sí. Ha dicho, “somos el pueblo de Bartpur, cuyas almas han esperado vagando sobre las ruinas de Lemnos la llegada de los hombres. Ayudadnos. Buscad a Dholak. Las alimañas le persiguieron hasta arrinconarle en un sótano… se derrumbó la entrada y Dholak quedó aprisionado sin posibilidad de salir. Ayudad a Dholak. Nosotros os conduciremos hasta él”…

El médium se interrumpió.

—¿Qué más dijo la voz? —preguntó Eladio.

—Nada más. Sólo dijo eso.

Alguien descargó un puñetazo sobre la mesa, al mismo tiempo se

escuchaba una exclamación de rabia. A continuación la voz del profesor Castillo rugió:

—¡Esto es una burla! ¡Usted nos toma el pelo, Doctor Ross!

El médium despertó sobresaltado. El Contralmirante MacLane era quien estaba más cerca de la puerta y se levantó para encender las luces. Entonces se vio al profesor Castillo, que puesto de pie, lívido de cólera, esgrimía su puño ante la cara de Eladio Ross.

—¿Nos ha tomado por tontos, Ross? ¡Usted preparó esta comedia aleccionando a este pobre diablo para que nos largara el cuento! ¡Son ustedes unos farsantes!

Eladio Ross palideció incorporándose.

—¿Me está acusando de falsario? —rugió.

—¡Me atengo a lo que usted mismo dijo! ¿Quién va a creer que existan almas en pena vagando sobre las ruinas de esta ciudad?

El Contralmirante MacLane intervino con prontitud y energía:

—Caballeros, conserven la calma, por favor. Usted, doctor. Coja su magnetófono y llévese también a ese hombre.

—¡Pero es que él me ha llamado embustero! —protestó Eladio señalando al profesor Castillo.

El Contralmirante contestó:

—Ross, llévese su psicofonía al diablo. Si es una broma no tiene maldita gracia. Somos personas serias.

La energía y la severidad del Contralmirante sumieron a Eladio Ross en el desaliento. Se puso colorado hasta el escote. Se sintió desarmado, ¿qué podía decir en su defensa?

Silenciosamente recogió el magnetófono, hizo seña al aturdido Blasco para que le siguiera y pasó entre el Contralmirante MacLane y la señorita Castillo con la cabeza gacha.

Cuando marchaban por el desierto corredor, Blasco preguntó tímidamente:

—¿Qué ha ocurrido? ¿Ha sido culpa mía?

La sospecha de que Blasco le hubiera jugado una mala pasada estaba realmente en el pensamiento de Eladio. Pero no podía creerlo.

—Venga a mi camarote, Antonio —dijo abriendo la puerta de su cabina.

Blasco le siguió a la cabina, que era de dos literas, con lavabo y ducha, armario, y una mesa con dos sillones. Encendió la luz, cerró

la puerta y dejó el magnetófono sobre la mesa. Luego buscó papel y lápiz e invitó a Blasco a sentarse ante la mesa.

Blasco le miraba interrogante.

—Antonio, allí en la sala de reuniones dijo usted algo que me puso en ridículo ante mis compañeros. No le creo a usted capaz de mentir, pero puesto que ha surgido la duda de si soy un embustero, necesito que me ayude a aclarar algunas cosas —dijo Eladio gravemente.

—¿De veras dije alguna inconveniencia, Doctor? Lo siento, ya le advertí que nunca me había dejado hipnotizar —se lamentó Blasco.

—No es por eso, Antonio. ¿Quiere dejarse hipnotizar de nuevo, ahora que estamos solos?

El hombre no parecía muy bien dispuesto, pero se dejó convencer. Eladio lo durmió y le puso el lápiz entre los dedos.

—Ahora quiero que me escriba lo que va a escuchar. Lo oirá primero, y después lo escribirá en el papel.

Se trataba de un experimento de escritura automática. El médium escuchó primero la grabación. Luego a una orden de Ross empezó a escribir. Tenía los ojos abiertos, pero con una expresión ausente, como si realmente no supiera lo que hacía.

Escribió con rapidez, ¡en los mismos signos que Eladio había logrado traducir tras largo trabajo con ayuda de los ordenadores electrónicos! Eladio quedó tan impresionado que sintió que le temblaban las piernas. Fue una tremenda sorpresa, pues realmente él no había especificado en qué forma debería escribir el médium.

Cuando Blasco se detuvo, la mano flácida, como si hubiese realizado un gran esfuerzo, Eladio le ordenó acostarse en una de las literas. Le quitó los zapatos y le dijo:

—Ahora, Antonio, vas a dormir hasta mañana a las ocho.

Dejando solamente encendida la lamparilla del escritorio, Eladio Ross buscó sus apuntes y se puso a traducir el escrito. Le llevó dos horas la traducción total del escrito. La traducción era literalmente la misma que Blasco había hecho verbalmente, excepto en un punto. Donde el médium había pronunciado DHOLAK, él tradujo ÁNGEL. ¿Sería otra alusión al Ángel de la Muerte?

Estaba tan excitado que hubiera querido correr a despertar al profesor Castillo y restregarle el escrito por las narices. Pero suponiendo que lo hiciera, ¿qué saldría ganando? El profesor le

echaría con cajas destempladas acusándole de haber inventado la historia a costa de tomarse el trabajo de escribir con signos de escritura bartpur. ¡El pueblo de Bartpur, así se llamaba la antiquísima civilización anterior al dominio de los insectos!

Se echó en la cama, pero no pudo pegar ojo. Decidió no hablar del segundo experimento. ¡No para que de nuevo se rieran de él! Si el Ángel de la Muerte estaba sepultado en alguna parte de la ciudad, él lo buscaría. La extraña fuerza extrasensorial que había grabado la cinta magnética dijo: "nosotros os conduciremos hasta él". Era de suponer que pudieran guiar a Blasco. De otra forma habrían especificado el lugar.

Levantándose a las seis y media del tiempo de VALERA se dirigió a la cocina en busca de algo de comer. Los soldados del destacamento llegaron a las siete, para desayunar y relevar a los que habían estado montando guardia durante la "noche". Eladio desayunó con los soldados y regresó a su camarote para despertar a Blasco.

Antonio Blasco era conductor de una máquina excavadora y debía ponerse a trabajar a las nueve. Eladio le envió al comedor y fue en busca de Fernández, el ingeniero de Obras Públicas responsable de la maquinaria.

Fernández escuchó sorprendido su petición de una máquina excavadora, precisamente la que manejaba Blasco.

—Bueno, tenemos excavadoras de sobra, el tajo todavía es estrecho y no podemos utilizarlas todas. Llévese la máquina y el maquinista. ¿Debo entender que se propone realizar alguna excavación por su cuenta?

—Sólo si doy con el sitio donde debo excavar.

Fernández le despidió con un gesto y se fue a desayunar. Eladio esperó a Blasco junto al portón de salida. Cuando Blasco salió fueron juntos hasta la máquina excavadora. Como la vez anterior, Eladio llevaba consigo el magnetófono, la cámara fotográfica y el subfusil eléctrico. Además había tomado una bolsa de papel con provisiones, por si la tarea se prolongaba más allá de la hora del almuerzo.

Instalados los dos hombres en la cabina, la máquina echó a andar en dirección a las ruinas de la ciudad.

El profesor Castillo había decidido iniciar las excavaciones

limpiando de escombros y tierra la amplia avenida que en línea recta iba a desembocar en la plaza central. Las máquinas trabajaron la jornada anterior en un frente que abarcaba todo el ancho de la avenida.

La máquina de Antonio Blasco, montada sobre poderosas orugas, trepó por el talud en el tajo que habían dejado las excavadoras, y siguió adelante entre la torrentera y los restos de muros y columnas a un lado de la calle.

Llegaron sobre la máquina hasta las ruinas donde Eladio Ross había tomado la psicofonía. Allí abandonaron la excavadora y pasaron entre las altas columnas hasta el peristilo.

Eladio sometió a Blasco al estado hipnótico y a continuación le habló:

—Ahora, Antonio, vas a quedarte quieto donde estás. Probablemente sentirás el impulso de ir a alguna parte. Si ocurre así, no ofrezcas resistencia. Déjate guiar por ese impulso, ¡síguelo!

Blasco permaneció completamente inmóvil con los ojos cerrados. Al cabo de cuatro o cinco minutos ladeó ligeramente la cabeza, permaneció en esta actitud un minuto, como escuchando, se irguió y abrió los ojos mirando en rededor.

Como si no viera a Eladio, pasó junto a éste y echó a andar saliendo a la calle. Eladio le siguió a diez pasos de distancia, sintiendo en las sienes los latidos de su corazón. ¿Le conduciría Blasco hasta el lugar donde el Ángel de la Muerte había quedado sepultado?

¿Quién era este Dholak? ¿Fue un ser humano, o un ente mitológico que sólo existía en figura de ídolo? “Las alimañas le persiguieron hasta arrinconarle en un sótano”… ¿Qué interpretación cabía dar a estas palabras? Una imagen, fuera de piedra, de madera o bronce, no podía huir por sí misma de las alimañas. Si fue un ser humano, todo lo que quedaría de él sería como mucho un esqueleto… tal vez un montón de polvo. La ciudad había sido asaltada, saqueada e incendiada por las “mantis”… ¡hacía veintidós mil años!

—Tal vez el esqueleto tenga sobre sí un amuleto, una llave o algún otro objeto revelador —se dijo Ross.

Blasco andaba con rapidez, rodeando los obstáculos que surgían a su paso, subiendo y bajando por las dunas, pero manteniendo una

dirección fija. Llevaba andando más de un kilómetro cuando se detuvo y quedó inmóvil.

—Antonio, ¿qué ocurre? —preguntó Eladio.

Blasco señaló al suelo.

—¡Aquí! —dijo imperiosamente.

El lugar no ofrecía ninguna característica particular. A unos diez metros se veían los restos de un muro derruido, y al otro lado una calle. La hierba crecía alta, sobre una capa de tierra de varios metros de espesor que el tiempo y el viento acumuló sobre las ruinas.

Eladio despertó a Blasco, quien miró a su alrededor con asombro. Eladio le envió en busca de la excavadora, permaneció él en el lugar hasta que Blasco regresó.

—Vamos a excavar aquí —señaló el doctor.

La excavadora empezó a trabajar. Clavaba la pala profundamente, retrocedía y echaba dos toneladas de tierra a varios metros de distancia. Eladio contemplaba el trabajo de la poderosa máquina lleno de impaciencia. A dos metros de profundidad aparecieron las primeras piedras. Blasco era un hábil maquinista y siempre encontraba la forma de coger los sillares con la pala. Después de dos horas habían abierto un gran agujero de más de tres metros de profundidad.

Se había hecho hora de almorzar y pararon la máquina para comer las provisiones que Eladio había traído previsoramente.

—¿Qué espera encontrar ahí, Doctor? —preguntó el maquinista.

—En realidad no lo sé. Creo que hay un sótano ahí debajo, y en él algo que nos revelará un gran misterio.

Después de comer y descansar un rato se pusieron de nuevo al trabajo. Con la segunda palada de la máquina descubrió el extremo de una viga de hierro en forma de “H”. Aunque oxidada, la viga se conservaba en buen estado. El hallazgo constituyó casi una sorpresa. Era la primera pieza de hierro que se descubría en la ciudad muerta de Cifra. ¿Por qué?

Eladio Ross estuvo un largo rato meditando sobre ello y llegó a una conclusión. Después de todo, era lógico que los constructores de Cifra utilizaran el hierro como complemento de sus edificaciones de piedra. El punto débil de todas las construcciones antiguas de las civilizaciones de la Tierra fueron las techumbres. La madera era un

material que se deterioraba con rapidez.

Los primitivos habitantes del circumplaneta conocían el uso del hierro. En cambio, para las hordas de insectos que llegaron después, la obtención del hierro debió constituir un serio problema.

Si el circumplaneta era un mundo artificial, lo más seguro sería que faltaran en él elementos naturales como el petróleo, el hierro, el carbón, el cobre…

Los hombres que eran capaces de crear un hiperplaneta no deberían encontrar mayores dificultades en procurarse el resto de los elementos por la técnica de la transmutación de la materia. ¿Pero y los insectos?

Los insectos no debían haber llegado tan lejos. Los metales eran un tesoro más valioso que las piedras preciosas. Probablemente el estado ruinoso de la ciudad se debiera a algo más que un terremoto. ¡Las “mantis” desmantelarían la ciudad para llevarse todos sus metales!

Junto a la viga de hierro, la máquina apartó a un lado grandes cantidades de tejas de arcilla cocida. Debajo de la techumbre hundida aparecieron diversidad de elementos propios del equipo de una casa; gran abundancia de fragmentos de cristal, piezas de porcelana fina, un tenedor de metal ligero, pedazos de chatarra de un viejo motor eléctrico oxidado… ¡y plástico!

Eladio Ross examinaba el montón de escombros donde la excavadora vertía. Las piezas de plástico habían quedado deformadas por el fuego, pero en algunos casos pudo adivinar la forma que tuvieron sillones y otros muebles, poco diferentes en figura de los que usaban los terrícolas-valeranos.

La abundancia de carbón y cenizas indicaba bien a las claras que la casa había sido devastada por la acción conjunta del vandalismo de las hordas “mantis” y el fuego.

Al descargar la excavadora otra paletada de escombros, una calavera rodó hasta los pies de Eladio Ross.

¡Era un cráneo humano!

Eladio cogió la calavera y la examinó con la emoción propia de un científico que se asoma al misterio de otra civilización antiquísima. El cráneo era dolicocéfalo, con una capacidad encefálica un tercio mayor que la de la raza eurásica, de cara leptoprosopa; es decir, estrecha y alta, de mandíbula pequeña. Los

parietales se prolongaban mucho más de lo normal, configurando un cráneo de forma oval. Este cráneo presentaba el frontal hundido y astillado, como consecuencia de un recio golpe aplicado con un objeto duro y contundente.

Otros huesos de esqueleto estaban esparcidos por allí, pero Eladio no pudo examinarlos sin exponerse a recibir un golpe de la máquina o quedar sepultado bajo los escombros.

Pero, al fin y al cabo, no era tan urgente. Tal vez a la hora presente las máquinas hubieran desenterrado ya otros esqueletos en el otro extremo de la ciudad. Las ruinas debían estar llenas de ellos si, como parecía, Cifra fue asaltada por los insectos, y sus habitantes pasados a cuchillo, en una horrible orgía de sangre y fuego.

Hasta más tarde no recordó que las "mantis" eran devoradoras de hombres. O sea que los esqueletos que la misión arqueológica descubriera bajo los escombros serían proporcionalmente pocos. ¡Las poderosas mandíbulas de las "mantis" trituraban incluso los huesos más duros!

Blasco había parado la máquina y le llamó. Acudió Eladio. La excavadora había dejado al descubierto unos veinte metros cuadrados de piso perfectamente enlosado. Sobre este piso, unos sillares de forma cúbica delimitaban algo que parecía ser el arranque de una escalera que se hundía en el subsuelo. El hueco de la escalera aparecía totalmente obstruido por los escombros. La máquina no podía sacar estos escombros sin arrancar también los sillares de los muros laterales de la escalera y las grandes losas del piso, pero esto podía provocar el derrumbamiento de la bóveda del sótano que debía estar debajo.

—Retiraremos los escombros con las manos —dijo Eladio, haciendo seña a Blasco para que viniera a ayudarle.

Dejando el subfusil y la cámara fotográfica junto al magnetófono, Eladio se puso a trabajar. Sacaba las piedras con las manos, lastimándose los dedos, y las arrojaba lejos, Blasco vino con una barra de hierro que utilizó como palanca facilitando la labor.

A los pocos minutos estaban tan empapados en sudor que se quitaron las camisas. Iban quedando al descubierto los escalones a medida que retiraban los escombros. Luego apareció el arco de la bóveda que sostenía la entrada.

Insensible al cansancio, con las yemas de los dedos en carne

viva, Eladio trabajaba a doble ritmo que su compañero. Bajo el arco de medio punto apareció una superficie metálica. ¡Era una puerta de acero!

—Ya estamos cerca, Antonio. ¡Vamos, continuemos!

Pero el sitio era demasiado angosto para trabajar los dos a la vez. Blasco se puso a mitad de la escalera y Eladio le tendía las piedras, que Blasco arrojaba fuera de la zanja.

La puerta de acero abría hacia afuera, o sea sobre un rellano al final de la escalera. Esta circunstancia impediría que cualquiera que se encontrara dentro la abriera, pues contra la puerta había toneladas de escombros llenando todo el hueco de la escalera.

Para abrirla, Eladio Ross tuvo que retirar todos los escombros, hasta la última piedra.

—Mi fusil —pidió Eladio.

Blasco bajó la escalera de piedra con el subfusil.

El fusil eléctrico que disparaba rayos de “luz sólida”, delgados como el dedo meñique, pero de alta penetración.

Eladio Ross disparó contra la cerradura, procurando bajar el arma para que la trayectoria del rayo, después de atravesar limpiamente el acero de la puerta, no dañara cualquier cosa que se encontrara en el sótano.

Sobre la cerradura inutilizada la puerta tenía un asa. Fue necesario que Ross y Blasco unieran sus fuerzas tirando del asa hasta que la puerta se movió con un chirrido sobre las oxidadas bisagras. Una bocanada de aire húmedo que olía a moho salió del sótano.

Eladio Ross cruzó resueltamente el umbral…

CAPÍTULO V

COMO en todos los puntos del circumplaneta, los rayos del sol caían perpendicularmente en la zanja de la escalera, y la luz reflejada alcanzaba indirectamente al interior del sótano.

Inmediatamente detrás de la puerta había otros seis o siete escalones de piedra hasta el piso del sótano. Cuando Eladio asomó, su cuerpo cubría la mayor parte del hueco de la puerta impidiendo entrar la luz. Cuando Eladio empezó a bajar los escalones, Blasco asomó a su vez obstruyendo el paso de la luz. Luego el maquinista siguió al doctor y la luz fue suficiente para iluminar el sótano.

Había una figura tendida en el suelo, cerca del último escalón. ¡Era una figura humana!

Eladio Ross llegó al final de la escalera con el corazón latiéndole furiosamente, avanzó dos pasos y se inclinó.

—¡Es una mujer! —exclamó en voz alta.

En efecto, el contorno de aquel cuerpo no ofrecía la menor duda. Era una mujer de talla normal, tendida de espaldas, uno de los brazos recogido y el otro extendido sobre el suelo. Parecía vestida con un traje muy ceñido, pero de color indefinible bajo la fina película de polvo que lo cubría todo. Yacía con las piernas estiradas, ligeramente abiertas.

Blasco bajó tímidamente los escalones y miró con cierta aprensión a la mujer.

—Está muerta, claro —murmuró.

—¿Cómo quieres que esté, después de veintidós mil años? —dijo Eladio entre dientes—. El sótano ha permanecido cerrado todo este tiempo, y seguramente eso ha sido lo que contribuyó a la buena conservación del cadáver. Pero si lo tocamos puede deshacerse en polvo. Ve a traerme mi cámara fotográfica. ¡Es un hallazgo sensacional! Por fin vamos a conocer cómo eran realmente los habitantes del circumplaneta anteriores a las “mantis”.

Antonio Blasco salió en busca de la cámara. Ross siguió examinando el cuerpo. Los altos y desarrollados senos, ceñidos por el vestido, indicaban a las claras que no existía diferencia apreciable entre los primeros habitantes del circumplaneta y el pueblo terrícola. También aquéllos eran mamíferos.

La figura yacente tenía los ojos abiertos de par en par, pero el polvo depositado en las córneas impedía determinar el color de los iris. El cabello, largo y blanco, aparecía suelto bajo el cuello, y en parte desparramado sobre el piso.

Los ojos de Eladio se acostumbraban rápidamente a la semipenumbra. Así pudo apreciar que las facciones de rasgos bellísimos, tenían ligeramente acusados los pómulos. La nariz era pequeña y corta, y la barbilla de líneas suaves.

Todo el rostro parecía el de una de aquellas antiguas muñecas chinas de porcelana.

Eladio Ross pensó en el doctor Castillo. ¡Cómo le divertiría ver la expresión de incredulidad del profesor!

Desde luego, lo mejor sería no tocar el cadáver hasta que otros pudieran verle. ¡Eran capaces de acusarle también de haber trucado la fotografía!

Blasco regresó con la cámara fotográfica, dando un rodeo para evitar el cadáver. ¡Tropezó con un pie de la mujer!

—¡Ten cuidado, maldición! —gritó Eladio colérico.

El pie del cadáver se movió, pero en contra de lo que Ross temía, no se desintegró.

El doctor arrebató la máquina al torpe Blasco y se retiró un paso para tomar una fotografía con ayuda del "flash". Siguió dando vueltas al cadáver, tomando varias fotografías desde diverso ángulo y distancia.

Finalmente dejó colgando la cámara sobre el pecho desnudo y contempló el cadáver.

—¡Qué diablo, esta mujer no lleva muerta tanto tiempo! —dijo como hablando consigo mismo.

Puso una rodilla en el piso, y alargando una mano la tocó en una pierna. El contacto a la presión era como de algo a la vez duro y elástico.

—Seguramente es una momia —apuntó Blasco.

—¿Una momia? —repitió Ross—. Si lo que quieres decir es que

se trata de un cadáver embalsamado, los que lo hicieron poseerían el secreto de una técnica desconocida para nosotros.

Siguió palpando a la mujer, a todo lo largo del muslo, en el vientre, y los senos. Finalmente, le cogió una mano, la que tenía extendida. La levantó y la dejó caer. ¡Ni siquiera acusaba el “rigor mortis”!

Volvió a tocarla en la mano. No estaba fría, ni tampoco caliente, más bien parecía inerte.

—Creo que podremos sacarla de aquí sin que se rompa —murmuró el doctor—. De todos modos será mejor ponerla sobre una tabla. Llamaremos al buque para que acudan con una camioneta.

Tomando el subfusil, Eladio Ross salió seguido de Blasco. Utilizando el radioteléfono de la máquina excavadora estableció contacto con el control del campamento. Darío Fernández, el ingeniero de Obras Públicas, se puso al aparato.

—Envíeme una camioneta con una tabla que tenga por lo menos dos metros de largo y medio metro de ancho. Tengo aquí un cadáver —dijo Eladio.

—¿Quién ha muerto?

—Nadie ha muerto. Se trata de una mujer que debió fallecer hace tal vez veintidós mil años.

—¡Un esqueleto!

—No. Es un cadáver de mujer completo y en perfecto estado de conservación. Vengan pronto.

Colgó el radioteléfono y saltó de la máquina al suelo. El timbre del radioteléfono empezó a repiquetear apenas transcurrido un minuto. Blasco hizo ademán de dirigirse a la cabina de la máquina, pero Ross lo detuvo.

—¡Está sonando el radioteléfono! —dijo Blasco.

—Lo sé. Y creo saber también quién está insistiendo en comunicar. ¡La señorita Castillo! Pero vamos a dejarles pudrirse de curiosidad hasta que lleguen aquí. ¡Ya verás qué prisa se dan en llegar!

Ross era un buen conocedor de la psicología humana.

No habían transcurrido diez minutos cuando vieron media docena de puntos lejanos en el cielo, acercándose con rapidez. Cuatro de los hombres volantes vestían la armadura y la escafandra azul obscuro de la patrulla aérea de vigilancia. Los otros eran

Silvana Castillo y el profesor de antropología Ernesto Setúbal.

Tomando a la máquina excavadora como punto de referencia, los seis aterrizaron junto a Eladio Ross y Antonio Blasco.

El “back” o “equipo volador individual” era de chapa delgada de “dedona” y resultaba muy pesado en tierra. Silvana Castillo empezó a desabrocharse las cinchas que, como un paracaidista, le pasaban entre las piernas y se unían en una placa sobre el pecho con los tirantes de los hombros.

—Espero que no se trate de otra de sus bromas, Ross —dijo la muchacha contemplándole a través de sus gafas ahumadas. Se puso el sombrero cónico, que traía colgando a la espalda—. ¿Dónde está la momia?

—No hay ninguna momia —contestó Ross imperturbable.

—¡Era mentira entonces!

—¡Mujer de poca fe! —murmuró Ross. Y le señaló la entrada al sótano.

Silvana Castillo se alejó llevando a Blasco como guía, mientras Eladio tomaba la calavera del montón de tierra y se lo mostraba a Setúbal.

—¡Un cráneo humano! —exclamó el antropólogo examinando con deleite el mísero despojo.

Dos de los soldados que habían venido como escolta remontaron de nuevo el vuelo para guiar hasta aquí a la camioneta que vendría a recoger el cadáver.

Silvana Castillo asomó por la excavación y llamó excitada a Setúbal:

—¡Venga corriendo, profesor!

Eladio se puso el sombrero y la camisa, que el sol había secado totalmente dejándola tiesa como cartón. Aparentando indiferencia, se regodeaba en su interior del éxito conseguido.

En unas horas, doscientos millones de valeranos sabrían del sensacional hallazgo de una mujer de antiquísimo origen en un sótano de las ruinas de la ciudad muerta de Cifra. Y con la noticia, el nombre de un obscuro doctor en psiquiatría, Eladio Ross, saltaría al primer plano de los boletines de televisión, a la radio y a los periódicos y revistas especializadas en temas científicos.

Pasado un largo rato, reaparecieron Silvana Castillo, Setúbal y Blasco. La chica parecía entusiasmada. Setúbal estaba visiblemente

desconcertado.

—¡Es fantástico, doctor! —exclamó Silvana—. ¿Cómo la encontró?

—Ya lo leerá usted en “Investigación y Ciencia”, donde se negaron a publicar mi éxito en el asunto del desciframiento de aquellos signos…

Silvana enrojeció. Su padre era el director de aquella revista.

—Está usted resentido y es natural —dijo. Y añadió con calor—: Pero conste que yo le apoyaba anoche después que usted se marchó.

—Mi clarividencia no alcanza a escuchar lo que se dice a través de las paredes.

Silvana se clavó los dientes en el gordezuelo labio inferior. Setúbal se acercó a Ross.

—No alcanzo a comprenderlo, Ross. La mujer está muerta, de eso no cabe duda. ¡Y ni siquiera se advierte en ella la rigidez de la muerte! ¿Qué piensa usted?

—Yo no pienso nada, doctor —contestó Ross.

—Pero usted dijo que esa mujer tiene por lo menos veintidós mil años —insistió Setúbal—. ¿Cómo puede haberse conservado así después de tanto tiempo? ¡Si parece que acaban de dejarla allí hace apenas dos horas!

—Yo no la puse allí, doctor.

—¿Se ha fijado en que el cráneo de la mujer es más pequeño que éste? —preguntó Setúbal mostrando el cráneo que todavía conservaba en la mano.

—Sí.

—¿Y cómo se explica usted esa diferencia?

—No trato de explicármelo, doctor. Me limito a aceptar las cosas como son.

Setúbal se alejó de Ross para hablar en voz baja con Silvana Castillo.

La camioneta tardó en llegar media hora. Era una ambulancia y en ella venían el profesor Castillo y el conductor, seguidos de los dos soldados equipados de “back” que habían volado sobre ella señalándole el camino más accesible.

Siguiendo a Silvana Castillo entraron todos en el sótano. El conductor sacó la tabla y pidió ayuda a Blasco para transportarla. Ross se quedó junto a la máquina excavadora.

Poco después salían todos llevando a la mujer tendida sobre el tablón. Los largos cabellos colgaban por un lado de la tabla. Brillaban como cristal heridos por el sol. Antes de introducirla en la ambulancia depositaron el tablón sobre un sillar plano para examinarla mejor.

El profesor Castillo sacó del bolsillo una brocha plana de crin y la pasó con suavidad sobre el marmóreo rostro del cadáver. Ross se encontraba entonces junto a la mujer y se inclinó para verla de cerca. Al barrer la fina capa de polvo apareció una tez blanca y tersa.

Castillo pasó la brocha por uno de los ojos de la mujer. Apenas barrió el polvo apareció un ojo que tenía blanca la córnea y rojo el iris. ¡La mujer tenía los ojos rojos!

Mientras el profesor Castillo limpiaba de polvo el segundo ojo, Eladio alargaba la mano y tocaba los cabellos de la mujer. Los cabellos no eran al tacto distintos de otros cabellos normales. ¡Pero éstos eran de la transparencia del cristal!

—¡Qué extraña mujer! —murmuró Silvana junto a Eladio—. ¿Serán naturales los cabellos, o llevará peluca?

Eladio palpó con sus dedos el cráneo del cadáver.

—Si es peluca debe llevarla muy bien pegada al cráneo —observó.

El profesor Castillo había terminado con los ojos y estaba limpiando el polvo de la comisura de los labios de la mujer. Eladio se quitó las gafas de sol y se inclinó para examinar de cerca aquellos ojos. Eran grandes, con largas pestañas… ¡y tan originales con sus iris rojos!

Al inclinar Eladio la cabeza hizo sombra sobre los ojos del cadáver. Eladio presenció entonces un fenómeno casi imperceptible. ¡El iris del cadáver se dilataba!

Tal reacción de la pupila del ojo era imposible en un cadáver. “Me habré equivocado”, pensó Eladio. Retiró la cabeza a un lado, para que el sol entrara verticalmente en la pupila del cadáver. ¡La pupila se contrajo con rapidez!

—¡Es increíble! —exclamó en voz alta.

—¿Qué ocurre, Ross? —preguntó Silvana acercando su cabeza a la de Eladio.

Eladio se quitó el sombrero.

—Observe la dilatación de sus pupilas cuando proyecto la sombra sobre los ojos. Y vea cómo luego se contraen cuando le hiere la luz.

Setúbal y Castillo se inclinaron a su vez, quitándose las gafas de sol para presenciar mejor el fenómeno.

Eladio interceptó con su sombrero la luz del sol, y después de un minuto lo retiró de golpe.

—¡Dios mío, es verdad! —exclamó Silvana—. ¡Sus pupilas se contraen y dilatan acomodándose a la luz!

—¡Imposible! —rechazó Setúbal—. Ningún muerto es capaz de hacer eso.

Todos callaron. Sólo se escuchaba el zumbido de alguna abeja en busca de flores.

—Bien, tal vez no esté muerta —dijo Eladio.

Todos se volvieron a mirarle escandalizados.

—¿Está usted loco? —protestó Castillo—. ¿Cómo no va a estar muerta una persona que lleva milenios enterrada en ese sótano?

—¿Quién sabe? Tal vez sea inmortal…

—¡Inmortal! —casi chilló Castillo—. ¡No existe la inmortalidad!

—¿Cómo lo sabe?

La pregunta de Ross desconcertó visiblemente al profesor Castillo. Eladio señaló a la mujer.

—¿Saben quién es ella? Según mis informes se trata de IZRAIL, el "Ángel de la Muerte".

—¡IZRAIL! —exclamaron simultáneamente Silvana, su padre y el profesor Setúbal.

—DHOLAK, según la revelación del ente que grabó la cinta de mi magnetófono. Mi médium no tradujo la palabra "Dholak", se limitó a expresarla como la oía. Más tarde, en mi cabina, hice que Blasco escribiera el mensaje. Lo hizo en los mismos signos de las inscripciones que hemos encontrado en Cifra. Yo lo traduje. DHOLAK es el Ángel de la Muerte, el que perecerá el último.

Incluso en aquella atmósfera calurosa, bajo los perpendiculares rayos del sol, Silvana Castillo sintió un estremecimiento de frío. Fue como una revelación…, como si algo que estaba en el aire le asegurara que Ross estaba en lo cierto.

—¡Mil demonios, Ross. Usted quiere volvernos locos a todos! —exclamó el profesor Castillo—. Pongamos a la mujer en la

ambulancia, la llevaremos a nuestro campamento.

El largo tablón, con la mujer sobre él, fue introducido en la ambulancia. Con la ambulancia se marcharon los Castillo. Quedaba libre el "back" que Silvana Castillo había utilizado para volar hasta aquí. Eladio se lo endosó, rogando a dos de los soldados que escoltaran a Blasco y la máquina excavadora.

Era la primera vez que Eladio utilizaba un "back" y lo encontró fácil de manejar y agradable. Abriendo un botón de los dos situados en la placa sobre el pecho, la mochila de "dedona" tiró de él hacia arriba, colgando de los arneses como un paracaidista. Haciendo girar el segundo botón, el motor fotónico alojado en la mochila le impulsó por reacción hacia adelante. Para dirigirse en la dirección deseada, uno sólo tenía que girar sobre la propia cintura.

Volando por encima de las ruinas, uno se sentía tan libre y ligero como un pájaro. Todo fue fácil hasta que llegaron sobre el crucero sideral y tuvo que aterrizar.

Después de varias tentativas, subiendo y bajando como un ascensor, sin encontrar el punto exacto del botón que manejaba, Eladio acabó aterrizando violentamente. Sufrió un gran revolcón y sólo por suerte no se rompió una pierna, aunque se lastimó ligeramente un tobillo.

Varios hombres acudieron a ayudarle y le despojaron del dichoso "back". El doctor Ortín-Vilá, que se encontraba en la rampa de acceso al crucero sideral, insistió en llevarle al quirófano para examinarle el tobillo, pero Ross se negó.

Quería esperar a la ambulancia, que ya se veía a un kilómetro de distancia zigzagueando para salvar los montículos.

El mensaje radiado por Ross desde el radioteléfono de la máquina excavadora, intencionadamente ambiguo, se había esparcido por todo el campamento y, de una boca a otra, fue deformado hasta el absurdo.

Inmediatamente acudieron a rodearles un numeroso grupo de hombres y mujeres, así como el Contralmirante MacLane, el ingeniero Fernández y el comandante Arnal. Eran las seis de la tarde según el horario de VALERA, o sea, la hora en que los operarios daban de mano y paraban sus máquinas para regresar al campamento.

Las preguntas dirigidas a Eladio Ross las contestó el doctor

Setúbal. Cuando llegó la ambulancia poco después, fue rodeada en mitad de una gran expectación. La mujer, todavía sobre el tablón, fue depositada sobre dos cajones y expuesta a la curiosidad general.

Durante el viaje hasta el campamento, Silvana Castillo había lavado con agua el rostro de la mujer y limpiado de polvo su traje. Este traje era de un brillante color verde. Las cortas botas rojas, los largos cabellos transparentes y el rojo de los grandes ojos, contribuían a dar un toque de exotismo a la mujer en su conjunto.

IZRAIL, como se empeñaba en llamarle Eladio Ross, permaneció casi un cuarto de hora expuesta a la curiosidad de todos. Finalmente, el profesor Castillo ordenó que se la trasladara al hospital del crucero.

Un poco molesto de la decisión del profesor, pues consideraba a IZRAIL como de su propiedad, Eladio siguió al grupo hasta el pequeño hospital del BRASILIA. Sin más la metieron en el quirófano y la tendieron sobre la mesa de operaciones, bajo la brillante luz de los focos.

El doctor Ortín-Vilá se puso su bata blanca.

—¡Oigan! ¿Qué se proponen hacer con ella? —protestó Ross—. ¡No irán a descuartizarla!

Ortín-Vilá miró al profesor Castillo.

—Claro que no la vamos a descuartizar —gruñó el profesor Castillo—. Le tomaremos radiografías y las medidas antropométricas.

Setúbal mostró la calavera que había venido con la ambulancia, señalando algunas diferencias entre ésta y el cráneo de la mujer. Habíase iniciado una acalorada discusión acerca de la desemejanza de ambos cuando Eladio Ross, que no se apartaba de su hallazgo, vio con emoción, a la vez que sobresaltado, cómo IZRAIL movía imperceptiblemente los dedos de una mano.

"¡Dios mío! ¿Qué va a ocurrir si ella está realmente VIVA?" —se dijo Ross.

IZRAIL movió de nuevo los dedos. Parecía como si tratara de adivinar al tacto lo que había bajo ella. Eladio Ross no dijo nada. Se limitó a contemplarla temiendo, y deseando a la vez, que los demás se dieran cuenta de lo que ocurría.

¡La mujer dobló el brazo por el codo y levantó la mano derecha!

El Contralmirante MacLane, que escuchaba indiferente la

discusión de los ortodoxos, fue el primero en descubrir que la mujer se movía y pegó un salto que le llevó a tres metros de la mesa hasta el lado opuesto del quirófano.

—¡Se mueve! ¡Está viva! —exclamó.

Ya había sucedido lo que Ross estaba esperando.

Todos se volvieron a la vez. Y como si se tratara de una bomba con la mecha encendida, la reacción fue unánimemente de terror y desconcierto. ¡Echaron a correr alejándose de la mesa!

Con la agilidad de un acróbata, la mujer apoyó ligeramente una mano en el borde de la mesa y saltó de ésta al suelo quedando de pie ante Eladio Ross.

CAPÍTULO VI

SOLAMENTE Eladio Ross se quedó junto a la mesa e inexplicablemente sintió ganas de echarse a reír. La brillante plana mayor científica corrió en dirección a la puerta, y aunque no llegaron a cruzarla se amontonaron allí quedando a la expectativa.

Eladio era el que estaba más cerca, junto a la mesa, y la mujer le miró. ¡Dios, qué mirada! Los grandes ojos almendrados, con sus fascinantes iris rojos, se clavaron en el doctor en una mirada fija, taladrante, inexpresiva y tan fría como la misma Muerte. Los largos cabellos cristalinos le caían sobre los hombros contribuyendo a aumentar su aire misterioso e irreal.

¡Era hermosa y terrible a la vez!

Los ojos de la mujer se movieron lentamente recorriendo la habitación hasta detenerse en el tembloroso grupo que estaba junto a la puerta.

Nadie se movió ni pestañeó.

Los ojos de IZRAIL volvieron sobre Eladio Ross. Era casi tan alta como éste; esbelta, fuerte y maravillosamente conformada, desde el turgente busto a las caderas, y desde los muslos a los tobillos.

Entonces movió los labios… ¡Y habló a Ross!

Fueron sólo unas breves palabras ininteligibles.

Eladio abrió los brazos, levantó los hombros y meneó la cabeza expresivamente diciendo:

—¡No entiendo!

Ella habló de nuevo y Eladio repitió negando:

—¡No entiendo!

—No entiendo —dijo a su vez la mujer en perfecta dicción, que dejó sorprendido a Ross.

Los grandes ojos inexpresivos estaban fijos en el doctor, particularmente en sus labios. Su bello rostro era inexpresivo como una máscara de porcelana.

Eladio se tocó el pecho con la mano y dijo:

—ELADIO.

En efecto, la mirada de la mujer seguía el movimiento de los labios de Ross.

—Eladio —repitió ella.

—ELADIO ROSS —dijo el doctor señalándose.

—Eladio Ross —repitió la mujer.

El doctor intuyó una rapidez más allá de los humanos en las facultades retentivas de la mujer. Miró a su alrededor y se fijó en el grupo. Entonces se acercó a sus amigos, tomó a Silvana Castillo de la mano y la separó del montón señalándosela a IZRAIL.

—Silvana Castillo.

—Silvana Castillo —dijo la mujer.

Eladio se detuvo desconcertado y Silvana le dijo por lo bajo:

—¡Siga, Ross. Siga!

Uno a uno, Eladio fue nombrándoles por sus nombres y apellidos. Como en una presentación en sociedad. IZRAIL repitió cada nombre. Los miembros de la plana mayor científica habían quedado alineados contra la pared a uno y otro lado de la puerta. IZRAIL avanzó dos pasos, levantó su brazo, los señaló uno por uno repitiendo sus nombres… ¡en orden inverso a como le fueron presentados!

No cometió un solo error y tampoco mostró duda.

—Su cerebro trabaja como una computadora —murmuró Eladio maravillado—. En nada aprenderá castellano.

—Sería muy conveniente —dijo el profesor Castillo ya tranquilizado—. Para que nos explicara cómo pudo sobrevivir a un encierro de veintidós mil años…

Había reticencia en las palabras del profesor y Eladio no dejó de advertirlo. El incrédulo Castillo no acababa de creer que la mujer se encontraba sepultada bajo las ruinas cuando Ross la encontró.

La desconfianza del profesor, en lugar de enojar a Eladio, le causó más bien diversión.

—Yo podría enseñarle castellano —dijo Ross.

—¿Y por qué usted? —saltó Setúbal irritado.

—Pues porque habiéndola descubierto yo, la considero un poco de mi propiedad.

—No hay propiedades privadas. Lo que encuentre la misión

arqueológica es propiedad de todos sus miembros. Éste es un esfuerzo en común, y los honores también se repartirán entre todos por igual.

¡Setúbal estaba pensando más allá de este momento en la sensación que provocaría el hallazgo del Ángel de la Muerte! Y probablemente todos los demás estaban pensando lo mismo. ¡Estúpida vanidad! Eladio podría reírse. Por más méritos que quisieran arrogarse, los méritos le habrían de corresponder a él. Siempre había ocurrido así. Cuando un ejército ganaba una batalla solía ensalzarse el valor de todos sus hombres… Pero era siempre el general quien recibía medallas y honores, como si él solo hubiese obtenido la victoria.

Ahora, repentinamente, todos empezaban a mostrar solícito interés por IZRAIL. Le enseñarían castellano. La alojarían en un camarote acondicionado para que no pudiera escapar, y pondrían guardias a su puerta. Y, naturalmente, se debería informar inmediatamente al profesor Valera. Le tomarían fotografías y rodarían varias películas para enviarlas a la televisión de VALERA…

Eladio Ross observaba entre atónito e irritado todo este despliegue propagandístico.

En este momento sonaba en los altavoces el batintín del jefe de cocina llamando al primer turno al comedor. Surgió entonces una discusión estúpida sobre si convendría llevar a la mujer al comedor, o se le serviría la cena en un camarote, o si sería mejor que toda la plana mayor cenara con IZRAIL en la sala de los oficiales. Finalmente se decidió esto último, apoyándose en la opinión de que la extraña invitada podría sentirse molesta y nerviosa en el comedor, bajo la mirada curiosa de tanta gente.

Nadie pidió opinión a Ross. Éste, molesto y asqueado, acabó abandonando el quirófano para dirigirse a su camarote.

Mientras se duchaba, se afeitaba y se vestía con ropa limpia, Eladio recobró el buen humor. Sería divertido seguir las maniobras del profesor Castillo para adjudicarse la gloria de aquel notable hallazgo. Cuando llegaran los reporteros de la televisión con sus cámaras y sus magnetófonos, lo primero que preguntarían sería: “¿Quién la descubrió?”. Probablemente el profesor contestaría: “Nosotros”. Pero los reporteros insistirían: “Sí. ¿Pero quién de ustedes?”.

Cuando se afeitaba descubrió que le temblaban las manos. No había dormido la noche anterior y había trabajado la mayor parte del día desescombrando, bajo un estado de ansiedad y con los nervios de punta. Un calmante le habría venido bien, pero temió quedarse dormido mientras cenaba. ¡La cosa estaba demasiado interesante para perderse una sola escena!

Fue el último en llegar a la sala de oficiales, en cuya puerta habían situado a dos soldados armados con pistola al cinto. No le dejaron pasar. Uno de los soldados entró para preguntar si el doctor Ross era de los comensales. El recado que le dieron a Eladio fue increíble:

—No hay sitio en la mesa para otro más. Dice el profesor Castillo que cene usted en el comedor y venga después a tomar café con ellos.

Eladio salió echando chispas hacia el comedor.

Encontró un sitio en la mesa de la "relaciones públicas", teniente Dora Gálvez, en compañía del jefe de los topógrafos y de Héctor Balboa, sus compañeros en aquella inolvidable excursión al espacio interestelar.

Balboa ni García eran considerados como de la Plana Mayor. Como todos los demás, estaban muy interesados en IZRAIL y en las extrañas circunstancias que rodearon su descubrimiento. Eladio Ross relató su aventura, sin excluir el escepticismo de "los sabios" cuando la noche anterior puso en trance a Antonio Blasco y logró traducir la psicofonía obtenida en las ruinas de la ciudad.

Después de cenar Eladio pasó por delante de la sala de oficiales, pero no entró. Se dirigió a su cabina y se echó vestido en la litera. Se tomó el pulso y comprobó que tenía una acusada taquicardia. Se levantó para tomar un sedante, encendió un cigarrillo y se volvió a echar en la cama.

Pensaba en IZRAIL, en su exótica belleza, en la fascinación de sus extraordinarios ojos rojos, en su cabellera cristalina…

Estaba quedándose adormilado sin darse cuenta cuando llamaron con los nudillos en la puerta y casi en seguida entró un soldado con un recado de Castillo:

—Que vaya usted a la sala de oficiales, que acaba de llegar el profesor Valera y quieren verle.

Ross no habría acudido por Castillo, pero los Valera eran sus

amigos y no podía comportarse ante ellos como un chiquillo enfurruñado. Fue allá y esta vez no encontró dificultades para entrar. No solamente don Mario, sino también Alejandro habían venido desde Topera.

—¡Es fantástica, Ross! —exclamó Alejandro echando su brazo sobre los hombros de Eladio, señalando a IZRAIL que estaba impávida sentada en un extremo de la mesa.

—Ha hecho usted un gran descubrimiento, Ross. Cuéntenos todo —dijo a su vez don Mario Valera.

Eladio comenzó su relato refiriéndose a la psicofonía y a la traducción que el profesor Castillo no quiso admitir. Los ojos de don Mario brillaban de excitación sin apartarse del bello rostro de IZRAIL.

—¡Formidable! —exclamó Alejandro cuando Ross alcanzó el final de su relato—. Solamente una cosa no está clara. ¿Es realmente de carne y hueso?

La pregunta fue como un latigazo para Ross.

—Compruébalo tú mismo —dijo como ofendido.

—¿La han radiografiado? —preguntó don Mario.

El doctor Ortín-Vilá se justificó relatando cómo IZRAIL había reaccionado cuando se encontraba en el quirófano. Don Mario tomó una silla vacía junto a IZRAIL y se inclinó sobre una de las manos que la mujer tenía extendida sobre la mesa. Examinó minuciosamente las líneas azules de las venas que se transparentaban bajo la delicada epidermis.

—¿Ella no se molestará si le tomo la mano, Ross?

—No lo sé —contestó Eladio—. Pruébelo.

La reacción de IZRAIL fue instantánea. Apenas el profesor Valera intentó tocarla, retiró la mano. La extraña mirada de sus ojos se clavó en el rostro del profesor, impresionando visiblemente a éste.

—Bueno, ya lo hemos visto —murmuró don Mario—. No le gusta que la toquen. ¿Y dicen que no quiso comer?

—Si hemos de creer al doctor Ross, se trata de un ser inmortal —dijo Silvana Castillo con reticencia.

Ross sintió que se ponía colorado bajo la mirada de curiosidad que le lanzó don Mario Valera.

—Veamos, Ross —dijo el sabio—. ¿Qué es eso de un ser inmortal?

—Lo siento, he debido excederme en mi entusiasmo. Realmente no la considero inmortal —se excusó Eladio balbuceando. Luego su voz adquirió seguridad al seguir hablando—: No dudo en cambio que nos encontramos ante una criatura de facultades extraordinarias, y estoy convencido de que esas facultades fueron comunes en la antiquísima civilización que habitó este circumplaneta. La antigua cultura oriental de nuestra Tierra conoció casos extraordinarios de yoguis que permanecían en estado cataléptico durante meses. El dominio de la mente sobre el cuerpo fue cultivado por las culturas orientales en nuestro planeta, pero posteriormente el uso de las facultades psíquicas fue abandonado, sepultado y abandonado su conocimiento bajo la ola del materialismo. Paradójicamente, cuanto más avanzamos en el campo tecnológico, más nos acercamos a una concepción nueva, multidimensional, del espacio-tiempo. Estamos redescubriendo cosas que nuestros antepasados probablemente ya intuyeron. Mientras más resplandecía nuestra era tecnológica, más obscuridad echábamos sobre lo fundamental y permanente; la superioridad de lo espiritual sobre lo físico. Durante siglos nos hemos preguntado cuál era el destino del hombre en su Universo. Sólo ahora empezamos a comprender que nuestro destino consiste en recorrer un largo camino que deberá conducirnos, a través de una continua perfección, hasta el estado de espíritu puro. Ahora bien, puesto que no somos los únicos en el Universo, es perfectamente admisible que otras civilizaciones, más antiguas que la nuestra, nos precedan en milenios por ese largo camino hacia la perfección. Tal sería el caso de los seres que habitaron el circumplaneta. Estos hombres habrían alcanzado metas que nosotros no somos capaces de imaginar. La transmigración, la psicocinética y la clarividencia, serían facultades que ellos ejercerían sin esfuerzo, y les permitiría una simplificación de su mundo hacia lo esquemático y elemental. Si aceptamos que aquella civilización alcanzó poderes que, por comparación con los nuestros, les convertiría en casi-dioses, ¿por qué no admitir que alcanzaron a desarrollar cierto estado de catalepsia que permitiría a alguno de ellos sobrevivir a un enterramiento que ha podido durar veintidós mil años?

La última pregunta de Eladio Ross, lanzada como un reto, fue seguida de un largo silencio.

En este momento, ninguna mirada era tan intensa como la de Silvana Castillo sobre Ross. Para Silvana aquellas palabras fueron como una revelación. La profundidad del pensamiento de Ross la emocionó, y la dejó sumida en hondas reflexiones. Éstas fueron interrumpidas por la protesta de Alejandro Valera:

—¡Pero veintidós mil años es mucho tiempo!

Eladio Ross contestó:

—Nuestra Medicina ha conseguido mantener en estado de hibernación a hombres por más de dos siglos. Si bien se mira, ¿qué es la hibernación sino una suspensión temporal de las funciones vitales? Si nuestra Medicina y nuestra Ciencia son capaces de hacer eso, ¿no podría llegarse al mismo resultado por medios puramente psíquicos?

—Bueno, si esta joven señora ha sobrevivido después de tan largo tiempo, no tendremos más remedio que aceptar la realidad de los hechos —dijo don Mario Valera, quien añadió—: Eso no excluye que la sometamos a un examen profundo más adelante… cuando ella nos lo permita. Lo importante ahora es llegar a un entendimiento inteligente con esta mujer.

El profesor Castillo dijo que ya habían decidido sobre esta cuestión, asignando a Ross y a Silvana la tarea de enseñarle el castellano.

—Aprende con facilidad —aseguró Ross—. Sus facultades mentales son extraordinarias.

Todavía permanecieron los Valera una hora en compañía de sus amigos de la misión arqueológica. Examinaron con interés la calavera encontrada también por el doctor Ross, y comentaron la extraña circunstancia de no haber descubierto ningún esqueleto entre las ruinas, al menos hasta el momento presente.

—Si las “mantis” asaltaron y destruyeron la ciudad, como todo parece indicar, los insectos devorarían a las víctimas, incluso los huesos —observó Alejandro Valera—. Sólo algún cadáver, apresado por casualidad bajo las ruinas, escaparía a la voracidad de las “mantis”.

Finalmente, los Valera se despidieron para regresar a Topera. El profesor Castillo, el doctor Ross y el Contralmirante MacLane les acompañaron hasta el aerobote.

—Cuiden de esa mujer como de un tesoro —recomendó el

profesor Valera a punto de subir a la navecilla—. Y téngame informado de cuanto ocurra. Adiós, volveremos mañana o pasado.

El aparato se elevó en el aire y salió hacia adelante impulsado por un chorro de luz. Sobre las montañas se amontonaban grandes nubes de tormenta. La atmósfera parecía electrizada.

Regresaron al buque subiendo por la rampa.

En el corredor correspondiente a los camarotes de la plana mayor científica se encontraron con el comandante Arnal. Dos soldados con pistola al cinto montaban guardia junto a una de las puertas. Se trataba de la cabina destinada a alojar a IZRAIL.

—La señorita Castillo y la teniente Gálvez están dentro con ella —informó el comandante Arnal—. Creo que intentan llevarla a la ducha y hacer que se cambie de ropa.

Eladio Ross empezaba a sentir los efectos del sedante que había tomado. Dio las buenas noches a todos y se retiró a su camarote.

CAPÍTULO VII

ROSS despertó tarde y saltó de la cama con la ilusión de quien espera realizar algo sumamente grato. Había convenido con Silvana Castillo que comenzarían a educar a IZRAIL después del desayuno, utilizando la sala de oficiales como estudio.

Ya hacía rato que llamaron al desayuno cuando salió de su camarote. Al pasar ante la cabina de IZRAIL vio la puerta abierta, y a dos técnicos que estaban instalando una cámara de televisión a través de un agujero practicado en el muro, disimulada por un plafón.

Ross continuó adelante hasta el comedor. En la mesa del Contralmirante, junto a Castillo y con los demás elementos de la plana mayor científica, estaba IZRAIL. No quedaba sitio para Ross en la mesa, y tuvo que ir a buscarlo en otra parte.

Pero aun desde lejos, los ojos del doctor no se apartaban de IZRAIL. Le habían puesto el desayuno delante, que ella ni probó.

¿Cómo podía pasarse sin comer?

Cuando en la mesa del Contralmirante se ponían en pie, Eladio fue a reunirse con Silvana Castillo, que estaba hablando con el comandante Arnal.

—He visto a sus hombres instalando una cámara de televisión en el camarote de nuestra invitada. ¿De quién fue la idea? —preguntó Eladio al comandante.

—El Contralmirante lo ordenó.

—Fue un acuerdo entre mi padre y el Contralmirante MacLane —aclaró Silvana.

—¿Para espiar a IZRAIL mientras se cree sola en la intimidad de su camarote? No es una medida muy inteligente, sobre todo considerando que ella se dará cuenta, y estamos intentando ganarnos su confianza. ¿Qué hizo ella anoche, después que la acompañaron a su cabina?

—La teniente Gálvez y yo intentamos convencerla para que se duchara y cambiara de ropa. Se dejó duchar, pero no consintió en cambiar de ropa. Por cierto, nos dimos cuenta de que su vestido es muy curioso. No tiene costuras ni cremalleras, lo lleva como pegado al cuerpo. Y escupe el agua; es decir, es impermeable.

—¿Durmió?

—Me asomé en dos ocasiones a su cabina. Tuvo los ojos abiertos y las luces encendidas toda la noche.

Por supuesto, no existía noche en el circumplaneta. Pero los terrícolas designaban de este modo a las horas que iban desde las siete y media a las seis y media de sus relojes, ajustados al tiempo de VALERA.

Al acercarse Ross a IZRAIL, ella clavó en él sus extraños ojos.

—Eladio Ross —dijo. Pero su rostro era inexpresivo como una máscara.

A Ross le halagó que ella le recordase. Ignoraba entonces que aquella mañana, al encontrarse con los demás miembros de la plana mayor científica, IZRAIL había designado a cada uno por su nombre.

Tranquila, como quien nada teme y nada recela, IZRAIL se dejó conducir por Silvana y Eladio hasta la sala de los oficiales.

El material pedagógico con que contaban se reducía a una pizarra, un aparato de televisión y una máquina traductora de idiomas. Esta última, del tamaño de una maleta ligera, era un completísimo cerebro electrónico que funcionaba con dos unidades de memoria en paralelo. Si la palabra “ángel” equivalía a “dholak” en la lengua de IZRAIL, se pronunciaba ante un micrófono la palabra “ángel”, se apretaba un botón y se pronunciaba la palabra “dholak”. El “cerebro” archivaba las dos palabras en sendas memorias. Si se empleaba el aparato en traducción y se pronunciaba la palabra “dholak” ante el micrófono, el tornavoz del aparato contestaría “ángel”, y también al contrario, si se decía “ángel”, la máquina contestaría “dholak”.

Pero una traducción, palabra por palabra, sería muy engorrosa y larga. El “cerebro” hacía más. Traducía una conversación con parlamentos o de un tirón, y tenía la capacidad de selección necesaria para escoger entre varios sinónimos e insertar en su lugar correcto los tiempos de los verbos, las preposiciones y los artículos.

Esta máquina se había utilizado ya con éxito en ocasiones anteriores, la última de ellas para traducir a castellano el difícil idioma de los insectos “mantis”. Si IZRAIL no era capaz de aprender con la rapidez que de ella se esperaba, utilizarían la máquina traductora.

Pero el Ángel de la Muerte no iba a decepcionarles. Su capacidad de retentiva era por lo menos igual que la de la máquina traductora, con una diferencia: IZRAIL podía aprender a escribir al mismo tiempo que a hablar el castellano.

Se utilizó la televisión con distintos rollos magnetoscópicos de los que se utilizaban en las escuelas de VALERA para enseñar a los párvulos a designar las cosas por su nombre.

Ocurrió entonces un curioso incidente sin importancia. Ross encendió la pantalla de televisión y apagó las luces principales de la sala, a excepción de una lámpara de lectura en un rincón.

IZRAIL, que ya estaba sentada, se levantó y fue hasta el interruptor para encender las luces. Ross insistió en apagarlas, y de nuevo IZRAIL se levantó para encenderlas.

—Déjelas encendidas —dijo Silvana—. Parece que no le gusta la obscuridad.

Empezaron las lecciones. En la pantalla aparecía una profesora junto a una pantalla de cine. Cada imagen que aparecía en la pantalla era acompañada de su nombre correspondiente. La profesora mostraba la posición de los labios y la lengua para una perfecta pronunciación. IZRAIL repetía cada nombre por su cuenta sin apartar sus ojos de la pantalla.

Así fueron apareciendo el sol, las estrellas, los colores, las nubes, el mar, una montaña, un ser humano, una flor, un árbol… y un etcétera de imágenes que se sucedían a lo largo de gran número de rollos.

Hacia las once, suponiendo que IZRAIL estaría cansada, suspendieron las lecciones y la llevaron a estirar las piernas por los alrededores del campamento. Les seguía una pareja de vigilancia.

IZRAIL lo miraba todo con sus exóticos ojos, pero si algo suscitó su interés en particular no lo dio a entender. Su rostro seguía impasible. El Ángel de la Muerte contempló largamente el crucero sideral desde una distancia que permitía abarcarlo en perspectiva.

IZRAIL se inclinó a coger una especie de amapola que crecía con

profusión entre las ruinas.

—Flor —dijo mostrándola a Ross. Y a continuación añadió—: Rojo.

—Sí —dijo Eladio afirmando—. Sí.

Entonces IZRAIL extendió su brazo.

—Cielo. Nubes. Montañas.

—Sí —afirmó Eladio, y miró a Silvana orgullosamente, como si parte del mérito de IZRAIL fuera cosa propia.

IZRAIL apoyó su mano sobre el pecho de Silvana.

—Silvana Castillo, mujer.

—Sí —dijo Silvana sonriendo.

IZRAIL se volvió hacia Ross y le tocó en el pecho.

—Eladio Ross, hombre.

—Sí —dijo Eladio—. DHOLAK mujer.

IZRAIL negó con la cabeza.

—¿No mujer? —preguntó Eladio.

—No mujer. No hombre —contestó IZRAIL.

Silvana se echó a reír a carcajadas ante el desconcierto de Ross. Éste se volvió enojado.

—¿De qué se ríe?

—Mi querido doctor —respondió la muchacha entrecortadamente entre la risa—. Usted ha insistido en que DHOLAK es IZRAIL, es decir, el Ángel de la Muerte. ¡Y tenía razón, puesto que los ángeles no tienen sexo!

—Ella no sabe lo que dice, está confundida.

—¿Admite entonces que ELLA también puede equivocarse?

Ross se sintió mortificado. En efecto, era el primer error que cometía IZRAIL, y precisamente en un asunto de carácter elemental.

El BRASILIA hizo sonar su sirena. Desde las ruinas de la ciudad, los operarios se dirigieron al campamento en busca del almuerzo. Con la gente que regresaba llegaron el profesor Castillo y el ingeniero Fernández, ambos cubiertos de polvo.

Entraron juntos en el BRASILIA. Mientras los demás iban a lavarse y quitarse el polvo, Silvana, IZRAIL y Ross se dirigieron al comedor.

En el comedor iba a repetirse la misma escena de la tarde anterior y de la mañana. IZRAIL se negó a probar bocado. No sólo no comió, tampoco bebió. Nada, ni un sorbo de agua. Tan extraña

conducta estaba llamando poderosamente la atención, suscitando los más variados comentarios, especialmente en la mesa del Contralmirante MacLane.

—Dígame, Ross —preguntó Castillo—. ¿Cuándo nos permitirá su Ángel de la Muerte que le tomemos una radiografía?

—¿Es necesario?

—Yo diría que por lo menos sería conveniente. ¿O no lo cree usted así?

—No del todo. ¿Qué necesidad hay de radiografiarla? Su esqueleto es idéntico al nuestro, puesto que su anatomía también lo es.

—Con ventaja para ella…, al menos anatómicamente —dijo Silvana suspirando—. Se comprende que todos ustedes se estén volviendo locos por ella.

—Silvana, hija, ¿qué quieres decir? —protestó el profesor Castillo.

—Ustedes, viejos verdes, se deshacen en atenciones con ella. Es claro que ella lo aprueba. Su táctica de frialdad e indiferencia le está dando buenos resultados. Con sus ojos rojos y su peluca de cristal, su portentosa inteligencia y su cara de póker… Pero yo también podría tener ojos rojos, si me pusiera lentes de contacto de ese color… y una peluca de fibra de cristal… y adoptara su aire altanero —Silvana trató de imitar la inexpresividad del rostro de IZRAIL, lo que acabó por desencadenar un coro de risas.

No era necesario ser muy perspicaz para darse cuenta de que, en efecto, todos aquellos caballeros se sentían más o menos fascinados por la extraña personalidad de DHOLAK. La obsesión de Eladio Ross por llamarla IZRAIL, o El Ángel de la Muerte, no hacía sino contribuir a la atmósfera de misterio que envolvía a este ser ya de por sí enigmático.

El propio Ross no era refractario a los encantos femeninos de IZRAIL. Ella le atraía con la fuerza de succión de un abismo. ¿Estaba enamorándose de IZRAIL?

“¡Bah, tonterías!” —se dijo. Pero se sintió preocupado.

Acalladas las risas, Castillo insistió:

—¿Cuándo podremos radiografiarla, Ross?

—Esperemos al menos hasta que conozca suficiente castellano para comprender lo que esperamos de ella. Si la forzáramos ahora

podríamos estropearlo todo. Será necesario que adquiera confianza en nosotros para dejarse llevar ante un aparato de radioscopia —dijo Ross.

El profesor Castillo hizo una mueca entre contrariado y resignado.

Después del almuerzo, hasta las dos y media, se había establecido un descanso. Silvana Castillo y Ross acompañaron a IZRAIL hasta el camarote y cerraron la puerta, ante la cual se situaron dos soldados armados.

Después de la siesta Ross fue en busca de Silvana, cuyo camarote quedaba contiguo al de IZRAIL. Llevaron a la mujer a la sala de oficiales y reanudaron las lecciones hasta que de nuevo sonó la sirena a las seis.

IZRAIL debería estar cansada, y sin embargo no daba muestras de fatiga. Más fatigados estaban sus profesores. Al cabo de la jornada IZRAIL había asimilado alrededor de un millar de palabras castellanas, lo cual constituía todo un "record". Al día siguiente, cuando fuera instruida en el uso correcto de los verbos, los artículos, adjetivos y preposiciones, debería estar en condiciones de sostener una conversación.

También comieron en la sala de oficiales. Inexplicablemente, en esta ocasión si hubo lugar en la mesa para Eladio. IZRAIL no tocó la comida, ni siquiera la miró. Después de comer, la sobremesa se prolongó casi dos horas.

En determinado momento, Ross vio con sorpresa a Silvana Castillo que se deslizaba por detrás de IZRAIL y empuñaba unas tijeras. Silvana cortó un par de cabellos de la "peluca" de IZRAIL y los mostró triunfantemente sin que ésta se diera cuenta. Esta broma inocente disgustó a Eladio.

Poco después, Silvana y Eladio acompañaban al Ángel de la Muerte hasta su camarote. La puerta había sido provista de un cerrojo exterior que hacía innecesaria la presencia de los vigilantes. Silvana cerró el candado y guardó la llave. Ante la puerta de su camarote la joven invitó a Ross.

—¿No quiere ver lo que hace su Ángel de la Muerte en la intimidad?

Aunque con reparos de conciencia, Eladio entró en el camarote de Silvana. En esta cabina estaba instalada la cámara de televisión

que, a través del muro, apuntaba a la litera del camarote contiguo ocupado por IZRAIL. También se había instalado un receptor de televisión con magnetoscopio incorporado.

El televisor estaba funcionando y Eladio se sentó en el borde de la litera de Silvana para ver en la pantalla a IZRAIL, que en la cabina de al lado había encendido todas las luces y se echaba en la litera. Con un movimiento de sus manos, IZRAIL echó hacia atrás y extendió sobre la almohada la brillante cascada de su exótica cabellera.

—¡Vaya! —exclamó Silvana sentándose junto a Eladio—. ¿Se ha fijado? Es el primer gesto de coquetería que vemos en ella. Seguramente porque se cree lejos de la vista de todos nosotros.

En la pantalla, IZRAIL extendió los brazos a lo largo de los costados y quedó completamente inmóvil, los ojos abiertos y la mirada perdida en el techo.

—¿Lo ve? Así es como se pasa la noche —dijo Silvana.

—¿No ha utilizado los servicios sanitarios?

—No que yo sepa. Su Ángel de la Muerte debe haber alcanzado ese estado de espíritu puro al que usted aludía anoche. No come, no bebe, tampoco orina…

—¿Se está burlando de mí? —gruñó Eladio mirándola tan de cerca que podía sentir el aliento de la muchacha en su mejilla.

—Dijo usted cosas muy bellas anoche, doctor. ¡Sí, de veras! Yo había oído hablar antes del supuesto destino de la Humanidad, pero tal como lo dijo usted parecía distinto. Sentí como si toda la Humanidad se elevara hasta un plano astral, por encima de ambiciones, envidias y rencillas, hacia un mundo ideal donde todo es perfecto y diáfano.

—¿Está hablando en serio?

—Sí. Y también quiero decirle algo en serio, y es que corre un grave peligro idealizando a esa mujer, a ese Ángel de la Muerte. A veces me pregunto si existe realmente… si no seremos víctimas de una ilusión colectiva, de ese algo indefinible que flota sobre las ruinas de esta ciudad. Pero ella está ahí, como para demostrar que todo lo que fue existe, que “es” y perdura a través del tiempo hasta la eternidad. He advertido que nadie ha podido escapar al extraño magnetismo que emana de esa mujer, y que particularmente usted es víctima inconsciente de su flujo. Es hermosa, sí. Pero irreal;

intangible como un ser de pesadilla, tan inconsistente como una raya escrita en el agua. ¡No es humana, Ross!

—No sea tonta, Silvana. ¿Cómo no va a ser humana?

—¿Lo es porque tiene figura de mujer? ¿Porque se la puede ver y tocar? Ross, corre usted un grave peligro. Se enamorará de ella… ¡tal vez lo esté ya! Pero un amor no se alimenta sólo de suspiros. Usted necesitará sentirla a su lado, besarla y hacerla suya, ¡y esa mujer no tiene alma, se lo aseguro! Le hará sufrir…, le hará sufrir, Ross, lo sé.

Silvana tenía las pupilas húmedas. Su actitud, su expresión, era de angustia y súplica, algo tan inesperado que desconcertó a Ross. Le tomó una mano y se la golpeó afectuosamente con la suya.

—Bueno, Silvana, tranquilícese. Nada va a ocurrirme. Soy médico psiquiatra, se supone que debo ser capaz de autoanalizarme y curarme mis propias alucinaciones.

—Usted no puede darse cuenta, Ross. Está “dentro”, inmerso en su propio estado de confusión. Nadie puede escapar de sí mismo y contemplarse en perspectiva, a distancia, fríamente. Cuando un psiquiatra tiene problemas, lo que hace es acudir a otro psiquiatra.

Ésta era una norma de general aplicación y Ross no podía ignorarla. Cuando un médico se sentía mal, lo que hacía generalmente era acudir a otro médico. Sin embargo, en cuestiones psíquicas, era mucho más difícil darse uno cuenta de su propia enfermedad.

El desasosiego y la misma irritación que le causaron las palabras de Silvana Castillo, eran sintomáticas de su propio mal. Era víctima de una obsesión enfermiza, pero no podía darse cuenta.

—Bueno, acudiré a un amigo psiquiatra cuando me sienta mal —dijo levantándose. Echó una última ojeada a la pantalla de televisión y se despidió con un distraído:

—Hasta mañana.

El día siguiente fue una repetición del anterior.

Después del desayuno, que IZRAIL ni quiso probar, la llevaron a la sala de oficiales y prosiguieron las lecciones. Ross se había entregado con entusiasmo, en cuerpo y alma, a esta fatigosa tarea de enseñar el castellano a IZRAIL, tarea en la que acabó desplazando totalmente a Silvana, hasta reducir a ésta a un simple espectador.

Pero Silvana, por su parte, no podía resignarse al papel de espectador de aquella pasión insensata que se había apoderado del doctor. Ésta habría sido una buena ocasión para reírse de la insensatez de Ross, si acaso Ross no le hubiese importado. Lo malo era que, así como el doctor se enamoraba rápida y apasionadamente de IZRAIL, Silvana se enamoraba a su vez de Ross.

Silvana era muy femenina, "muy latina", y sentía que los celos y el despecho la herían ante las múltiples atenciones de Ross hacia IZRAIL. El amor estaba en los ojos de Ross, en su forma de mirarla… en el acento de su voz cuando le hablaba…

En realidad, Silvana exageraba. ¡Pero es que ella era víctima también del mal que aquejaba a Ross! Estaba "dentro", inmersa en su propio estado de confusión. Y como el doctor, no podía escapar de sí misma, abandonar su propio "yo" y contemplarse fríamente a distancia, en perspectiva.

Después de dos horas de estudio, cuando Ross invitó a IZRAIL a dar un paseo, Silvana murmuró una excusa y les dejó solos, dirigiéndose a su vez al laboratorio.

El laboratorio del BRASILIA se había equipado expresamente para colaborar en las investigaciones de la misión arqueológica. Aunque pequeño, estaba muy bien dotado.

Cuando Silvana entró no se veía a nadie en el laboratorio, pero la luz sobre la puerta del laboratorio fotográfico indicaba que alguien estaba trabajando dentro. En efecto, Héctor Balboa salió por la puerta con una ampliación fotográfica, todavía húmeda, cogida con unas pinzas.

—Hola —saludó Balboa—. Sí, he estado examinando los cabellos que me entregó durante el desayuno. Vea, esta es una fotografía ampliada al microscopio.

El ingeniero electrónico puso bajo la luz de un flexor la fotografía.

—¿De qué se trata? —preguntó Silvana inclinada sobre la fotografía—. Parecen cristales.

—Son cristales, en efecto. Cristales de selenio.

—¡Cristales de selenio!

—Lo que en electrónica solemos llamar células fotoeléctricas. Como usted sabe, los cristales de selenio tienen la propiedad de variar su conductibilidad eléctrica según la intensidad de la luz que

los ilumina. De hecho, cada cabello de éstos es una microscópica pila eléctrica. ¿Son cabellos de esa extraña mujer que desenterró el Doctor Ross, no es cierto?

—Sí.

—Curioso. ¡Muy interesante!

—¿Qué ve de interesante en el hecho de que esa mujer lleve una peluca de cristales de selenio?

—¿Y por qué de cristales de selenio? No se trata de algo hecho al buen tuntún, sino de algo de una perfección extraordinaria. ¡Cada uno de esos cabellos es una pequeña obra de arte! Y su misión no es seguramente la de servir de puro adorno, sino la de generar energía suficiente para mover una máquina… a condición de que esa máquina fuera a su vez una obra perfecta de la electrónica que consumiera un número ínfimo de vatios.

—Balboa, ¿lo que usted pretende insinuar…?

—Esa mujer no es humana. Es un robot —afirmó el ingeniero.

¡Un robot! Como un rayo penetró en la mente de Silvana Castillo la certeza de que sus sospechas tenían un fundamento. ¡Lo vio todo bajo una nueva y resplandeciente luz!

CAPÍTULO VIII

LAS emisiones de la televisión de VALERA alcanzaban con toda normalidad al circumplaneta, y eran casi el único medio de distracción a bordo del BRASILIA durante las horas de asueto del personal.

La televisión solía funcionar en el comedor durante las comidas, y servía para mantener a los comensales en silencio, mientras se iban enterando de cuanto ocurría en el autoplaneta a través de los boletines de noticias.

La vida en el autoplaneta VALERA transcurría con toda normalidad, pues de normales podían considerarse las polémicas que el Almirante Aznar originaba cada día con sus intervenciones en la Cámara. La acusación más grave del Almirante contra el Gobierno, era la falta de interés y visión del futuro de la nación respecto a las enormes posibilidades que ofrecía el circumplaneta. La televisión, bajo el control del Estado, solía minimizar la importancia de las palabras del Almirante, pero Miguel Ángel Aznar puso en evidencia al Gobierno cuando en una aparición inesperada ante las cámaras reveló la existencia de un hallazgo arqueológico de importancia acaso vital para el futuro de la Humanidad.

“Hace cuarenta y dos horas que nuestra misión arqueológica, bajo la dirección del profesor Gerardo Castillo, desenterró de las ruinas de la ciudad muerta de Cifra, en el circumplaneta ATOLÓN, un extraordinario ser cuya edad probablemente se remonta a más de veintidós mil años. Es una mujer. Apenas a las dos horas de ser desenterrada, esta mujer empezó a moverse y a vivir. Puede afirmarse que, literalmente, resucitó a la vida sin necesidad de recibir auxilios especiales. La importancia de este descubrimiento es obvia. Si la mujer vive, y todo parece indicar que se encuentra en perfecto estado de salud, alguien podrá contarnos de primera mano cómo fue la civilización que habitó el circumplaneta, a que alturas

brilló su cultura, y cómo aquella civilización se extinguió pese al alto grado de desarrollo tecnológico que indudablemente había alcanzado.

"A las seis horas de haberse realizado este descubrimiento, yo lo comunicaba personalmente al Secretario de Investigación y Ciencia. Sin embargo, pese a la enorme importancia de este hallazgo, la nación no ha sido informada. Ni siquiera con las reservas que el caso merece se ha comentado este asunto. Nuestros políticos no tienen interés en el circumplaneta. Ni interés político, ni económico, ni siquiera la más pequeña curiosidad científica. Un colchón silencioso se interpone entre la actividad de nuestra colonia en el circumplaneta y la opinión pública de VALERA.

"La actitud del avestruz de nuestros políticos tiene un nombre: MIEDO. Nuestro Gobierno teme que una adecuada campaña de propaganda provoque un éxodo de la población del planetillo hacia el circumplaneta. Para evitar que esto suceda, el Gobierno minima la trascendencia de nuestra misión colonizadora en el circumplaneta, nos regatea los recursos necesarios para la reconstrucción de Topera, y obstaculiza a los jóvenes que quieran ir allá."

Un reportero de la televisión invitaba al Almirante a extenderse con más detalle acerca de la mujer desenterrada, pero éste eludía hábilmente una respuesta concreta, alegando no estar en condiciones de emitir una opinión sobre la base de los escasos informes que poseía.

—Sólo puedo decir que nuestros científicos están investigando el asunto, y esperan obtener pronto revelaciones verdaderamente sensacionales.

Era la primera vez que se mencionaba el asunto y no se citaba el nombre de Eladio Ross para nada.

En la mesa de la plana mayor científica, a la hora del almuerzo, reinaba cierta atmósfera de tensión. El Ángel de la Muerte, IZRAIL, no se contaba entre los comensales. Puesto que de todas formas no iba a comer, no era necesario someterla a la tensión psíquica de verse convertida en centro de la curiosidad de la gente.

Un par de ocasiones recogió Ross cierta alusión a "después de almorzar hablaremos", pero no era hombre curioso y no dio importancia al asunto. La cosa fue distinta cuando, al abandonar la

mesa, el profesor Castillo le dijo:

—Por favor, doctor Ross. Tenemos un asunto que tratar. ¿Quiere acompañarnos a la sala de oficiales?

En la sala de los oficiales todo eran miradas de soslayo y cuchicheos mientras la plana mayor iba ocupando las sillas. Cerraron la puerta y Ross por primera vez descubrió la presencia de Héctor Balboa, el ingeniero electrónico. Para dejar sitio a Balboa, Silvana Castillo fue a sentarse en el diván, a espaldas de Ross.

—Bien, Ross —dijo el profesor Castillo yendo derecho al asunto —. Se trata de lo siguiente, tenemos fundados motivos para suponer que "su" Ángel de la Muerte no es humano. Aun sin las pruebas que ahora tenemos, las evidencias eran tan claras que no se comprende cómo nos dejamos engañar.

Ross no tenía ni idea de qué iba la cosa.

—No comprendo —murmuró confuso—. Si IZRAIL no es humano, ¿qué es entonces? ¿Un fantasma? ¿Un dios mitológico?

—Mucho más sencillo que todo eso, Ross. IZRAIL es un robot.

—¿Un robot? —repitió Eladio—. ¡Imposible!

—No sea tonto, Ross —dijo Castillo—. Plantéese un cuestionario y vaya rellenando las casillas hasta llegar a una conclusión final. Se trata de una "cosa" que ha permanecido veintidós mil años enterrada en un sótano sin aire, sin luz y sin alimentos. Que a pesar de todo se ha mantenido incorrupta, y al ser desenterrada y expuesta a los rayos del sol empieza a "vivir". Una "cosa" que pueda moverse, ver, hablar, aprender un idioma en unas horas y hacer gala de una memoria prodigiosa… pero que no experimenta frío ni calor, que no suda ni se cambia de ropa, que no come, ni bebe, ni está sujeta a ninguna necesidad fisiológica, ni sonríe, ni llora ni siente emoción…

—¡Dios mío! —gimió Eladio Ross sintiéndose como estremecido por una descarga eléctrica—. ¡Un robot!

—¿Lo ve claro ahora? —dijo Castillo con aire triunfal.

—¡Pero eso no contesta a todas las demás preguntas! Suponiendo que alguien fuera capaz de construir un robot de perfección sobrehumana, y que ese robot se llame IZRAIL…

—No se llama IZRAIL. Usted le puso ese nombre.

—IZRAIL, o DHOLAK, o el Ángel de la Muerte, todo es lo mismo —protestó Ross sintiendo alternativamente frío y calor—. El Ángel

de la Muerte figuraba escrito en la inscripción que yo descifré. Se hablaba de él en la psicofonía que grabé en las ruinas de la ciudad, y hubo un fenómeno paranormal que nos condujo hasta él a través de un médium sometido a un sueño hipnótico.

—Nada de eso se ha probado, Ross —rebatió Castillo con energía—. Nadie pudo discutirle la correcta traducción de la inscripción, puesto que nadie ha logrado descifrarla. Si grabó la psicofonía, eso carece de importancia. El médium que usted trajo aquí, instruido de antemano, pudo interpretar la psicofonía como le diera la gana. Nadie presenció la prueba de escritura automática de su médium. Usted escribió letra a letra ese supuesto mensaje sobre el alfabeto que se inventó cuando dijo haber traducido la inscripción de la base del monolito. También estaba solo con un médium cuando descubrió a IZRAIL. Yo pienso que tuvo usted una gran suerte al dar con el robot en aquel agujero, y que ese hallazgo le vino como anillo al dedo para dar credibilidad a toda esa absurda historia de un Ángel de la Muerte, relacionado con el pasado y el futuro de una civilización que sabemos habitó este circumplaneta en tiempos remotos. ¡Esa es la explicación a todo este tonto asunto que tantos quebraderos de cabeza nos ha traído!

—¿De modo que así de fácil es todo? —rebatió Ross, rojo de rabia y vergüenza—. Todas sus piezas encajan en el rompecabezas, a excepción de una: IZRAIL. ¿Cuál es la misión del robot? ¿Para qué se molestaría nadie en crear un robot de perfección sobrehumana, si éste no tuviera que llevar a cabo un cometido más allá del tiempo?

—Pienso que es una tontería buscarle un cometido específico a la mujer robot —contestó Castillo—. Si en este circumplaneta habitó una raza de superhombres, capaz de fabricar máquinas tan perfectas, probablemente habría más de un DHOLAK. Su misión sería simplemente la propia de las criadas. Barrer la casa, hacer la comida y cosas por el estilo.

—Todas sus concepciones están marcadas por el signo de la mediocridad de su espíritu, profesor Castillo. ¡Crear un robot como IZRAIL para encomendarle tareas de doméstica! ¿A quién se le ocurriría semejante mezquindad, más que a usted? —rugió Eladio. Añadiendo—: ¿Y cómo demonios están seguros de que IZRAIL es un robot?

Fue Héctor Balboa quien contestó, y lo hizo con pesar, a

conciencia de que su testimonio iba a herir al doctor.

—Examinamos sus cabellos y descubrimos que están hechos principalmente de células fotoeléctricas. La mujer debe ir provista de una batería que se carga con la energía de la luz, tanto si se trata de luz solar como de luz artificial. En este circumplaneta no hay noches, el sol brilla en un día eterno y cae perpendicularmente. O sea, que la cabeza era el mejor lugar para situar los filamentos de células fotoeléctricas. La cabellera resulta estéticamente bonita, y esparcida al viento debe recoger el máximo de energía solar.

—Tal vez esa explicación no sea lo suficiente concluyente para el doctor —dijo Setúbal con ironía—. No lo creerá hasta que abramos a IZRAIL en canal y pueda ver lo que lleva dentro.

—¡Nadie tocará a IZRAIL! —dijo Eladio amenazador, y miró a su alrededor—. Si sólo se trata de un robot sin importancia, ¿qué necesidad hay de destruirlo? Yo la encontré, por consiguiente tengo algún derecho sobre ELLA.

Eladio dijo “ella” y no “él”, pero ni se dio cuenta. No así Silvana, que seguía la escena angustiada.

—Ya decidiremos sobre eso, Ross —dijo Castillo con acento mesurado, como el vencedor que se permite dar alguna esperanza al enemigo derrotado.

Eladio Ross abandonó la sala en mitad de un silencio elocuente.

Andando como borracho, sintiendo frío en el alma y calenturienta la cabeza, se encontró sin saber cómo ante el portón de la bodega del BRASILIA, abierto a la perspectiva de la ciudad muerta, bajo los rayos verticales de un sol demoledor que quemaba las pupilas y resecaba los pulmones.

Volando a baja altura sobre la ciudad se acercaba una navecilla. Era un aerobote de los que solía utilizar la Armada para el trasbordo de su personal de un buque a otro, o de los buques a tierra y viceversa.

La navecilla se inmovilizó en el aire, sobre el campamento, y vino a tomar tierra descendiendo verticalmente ante la rampa de acceso al BRASILIA.

Dos hombres salieron del aparato; era el profesor Valera y su hijo Alejandro. Los dos hombres ascendieron por la rampa en dirección a Ross.

—Hola, Ross —saludó don Mario estrechando la mano de Eladio

—. ¿Cómo andan las cosas por aquí? ¿Vieron al Almirante en la televisión?

—Sí —contestó Eladio con voz débil.

—Bueno, pues nuestro Almirante se equivocó esta vez. Es cierto que el Gobierno no consideró oportuno dar a la publicidad el hallazgo de IZRAIL, pero desde hace veinticuatro horas hay una aeronave volando en dirección al circumplaneta para buscar a IZRAIL.

—¿Van a llevarse a IZRAIL? —protestó Ross.

—Es lógico que sea así, ¿no cree? Si IZRAIL tiene algo que contar, el Gobierno querrá enterarse de primera mano, en vez de esperar a que nosotros le informemos desde aquí.

—¡Pero es que IZRAIL no está suficientemente preparada para comparecer ante nuestros representantes!

—La aeronave vuela sin piloto y estará aquí en otras veinticuatro horas. Pero de regreso al planetillo invertirá cinco días por lo menos. Usted acompañará a la mujer y podrán continuar su instrucción. Aunque tampoco es de la mayor importancia que aprenda castellano a la perfección. Probablemente en VALERA le aplicarán unos electrodos y desnudarán su cerebro de todo lo que guarda en su memoria.

—No creo que puedan hacerlo con IZRAIL.

—¿Que no? ¿Quiere decir que ella se negará?

—Su cerebro no trabaja como el nuestro. No es un ser humano, ¡es un robot! —gimió Ross con acento de desesperación.

Los dos hombres cambiaron entre sí una mirada de estupor.

—¡Un robot! —exclamó Alejandro—. ¡Con razón se negaba a tomar alimentos! Ross, ¿cómo demonios no te diste cuenta en seguida?

—¡Nadie se dio cuenta! ¿Por qué tenía que descubrirlo yo? ¡No soy un ingeniero electrónico!

—Pero eres un psicólogo, ¡caramba! ¿O es que encontraste normal el comportamiento de esa… de ese maldito robot?

—¿Y quién sabe lo que es normal en la conducta de una mujer que no es normal?

—¡Metimos el remo hasta la ingle, Ross, amigo mío! ¡Y nosotros que habíamos dado a entender que se trataba de un ser extraordinario! —gimió Alejandro.

—Y lo es. Si consideramos que "sólo" se trata de un robot, es más extraordinario que cualquier ser racional —protestó Ross.

Pero los Valera no parecían compartir esta idea.

—¿Por dónde andan los demás? —preguntó don Mario.

—En la sala de los oficiales. Allí están todos.

Los dos Valera entraron en el buque y Ross se quedó contemplando las esferas de "dedona", rojas y amarillas, que parecían flotar en el espacio como grandes globos de verbena.

"¡Dios mío, IZRAIL! ¿Por qué me engañaste?"

Pero recordó que IZRAIL nunca aseguró ser humano. Más aún, dijo no ser mujer… ni hombre. ¡Los ángeles no tenían sexo! Recitó de memoria:

"pasará de la vida a la nada

"nuestro pueblo entregado a su suerte

"y será la profecía consumada

"al morir EL ÁNGEL DE LA MUERTE".

¡El Ángel de la Muerte! IZRAIL era realmente el Ángel de la profecía. Cuando muriera IZRAIL moriría también "el pueblo". Pero IZRAIL vivía. Lo habían hecho muy fuerte, más fuerte que cualquier ser humano, capaz de resistir sin deteriorarse veintidós mil años de abandono en un sótano de la ciudad en ruinas. Nadie se molestaría en crear un robot tan perfecto para dedicarlo a realizar estúpidas tareas domésticas. ¡Un robot extraordinario debería estar destinado a cumplir una misión también extraordinaria! Tenía que sobrevivir para que con él sobreviviera también "el pueblo". ¿Era pues que "el pueblo" no había muerto? ¿Sobrevivía en algún lugar escondido, un lugar sólo conocido por el Ángel de la Muerte?

—¡Dios mío, es eso! —exclamó Ross sintiendo que la luz se hacía en su mente.

Como empujado por una fuerza sobrenatural, dio media vuelta y entró corriendo en el buque.

CAPÍTULO IX

EN su camarote, revolviendo entre sus apuntes, Ross encontró el papel donde Antonio Blasco había escrito automáticamente la versión original de la psicofonía. Cogió el papel, y cuando salió al corredor se encontró de frente con Silvana Castillo. La expresión de la muchacha era desolada.

—Lo siento, Ross. Yo presentía que “ella” le haría sufrir, pero nunca esperé este desenlace. Aunque bien mirado, ¿no es mejor así?

—Es ridículo haberse enamorado de un robot —dijo Eladio poniéndose colorado—. Pero como usted dice, tal vez sea preferible esto a no sufrir una decepción de un ser realmente vivo. Uno lo espera todo de la mujer que ama, ¿pero qué puede esperarse de una máquina?

Silvana abrió los brazos y suspiró.

—Creí que estaría con “ella” —dijo.

—Voy a verla ahora. ¿Quiere venir conmigo?

Echaron a andar juntos hasta la cabina de IZRAIL.

Un solo hombre montaba guardia ante la puerta, ya que al ser ésta provista de cerrojo exterior, lo que había que cuidar era que nadie entrara. El guardián les dejó pasar sin reparos.

IZRAIL estaba echada en la cama, la cristalina cabellera desparramada sobre la almohada, probablemente haciendo acopio de energía mientras apenas consumía en completa inmovilidad. Al entrar los terrícolas se incorporó, y a continuación se puso en pie.

Incluso ahora que sabía quién era, le costaba esfuerzo a Eladio verla distinta de una hermosa mujer.

Pero fijándose bien, los ojos traicionaban al robot. Ningún ser vivo, ni el más insignificante animal, poseería nunca unos ojos como aquéllos. Se trataba, lógicamente, del sistema de visión de un cerebro electrónico. Copiaban maravillosamente la obra de la Naturaleza, hasta en el más pequeño detalle, pero les falta un

“algo”; el soplo vital de un alma, que no estaba en la mano del hombre otorgar a los seres creados por él.

Ross habló al Ángel de la Muerte:

—IZRAIL, yo pienso que eres perfectamente capaz de comprender lo que te hablo. Sé que eres una máquina, una buena máquina hecha por los hombres para cumplir una misión. ¿Sabes leer?

—IZRAIL sabe —contestó el robot en castellano, acostumbrado ya a traducir su nombre DHOLAK, por el que le había dado Ross, IZRAIL.

Eladio puso ante los ojos de IZRAIL el papel escrito por Blasco en estado de trance.

—Escritura “bartpur” —dijo IZRAIL.

—¿Es esta la escritura de tu pueblo?

—Sí.

—Lee.

—IZRAIL leyó. Los padres de mi pueblo han hablado amistosamente a Eladio Ross. Aman a Eladio Ross. Yo hablar ahora con los padres del pueblo terrícola.

—Ven conmigo.

Eladio indicó hacia la puerta y el robot salió andando. Su brillante traje verde se ceñía a las caderas y dibujaba el contorno de las nalgas. Nadie habría dicho que todo aquello pudiera pertenecer a una máquina. Con toda seguridad IZRAIL había sido construida sobre un esqueleto copiado de la osamenta humana. ¿Por qué no sobre un auténtico esqueleto humano? El juego de las articulaciones era perfecto. Los terrícolas no habían construido jamás un robot como aquél.

Se digirieron a la sala de oficiales. Interrumpidos en plena conversación, los científicos guardaron silencio mirando a IZRAIL. Ahora que sabían que no era un ser humano se sentían paradójicamente más impresionados.

—IZRAIL tiene algo que decir —anunció Ross.

Los hombres se miraron unos a otros desconcertados. Don Mario Valera hizo una imperceptible seña afirmativa y Ross dijo al robot:

—Habla, IZRAIL. Te escuchamos:

—Yo soy el Ángel de la Muerte —empezó diciendo IZRAIL con expresión imperturbable—. Los humanos me construyeron. Soy el

guardián de la máquina KARENDÓN, donde mi pueblo espera para volver a la vida. La nación Bartpur era muy vieja cuando hizo este planeta. El planeta se llama BARTPUR, como el pueblo que lo hizo reuniendo la materia esparcida por el espacio…

Ross escuchaba asombrado. ¡IZRAIL se expresaba en castellano mucho mejor de lo que él jamás creyó posible! Probablemente el robot no sólo había asimilado las lecciones. Escuchando las conversaciones de los terrícolas elaboró a su propio vocabulario.

IZRAIL continuó:

—El pueblo de Bartpur había desparramado su semilla por los universos-mundos del espacio. De su semilla nacieron pueblos en muchos planetas. Entonces la nación Bartpur era joven. Luego envejeció. Fue más sabio, pero su naturaleza se debilitó. La raza se debilitaba y el pueblo se extinguía, necesitaba semilla joven y fuerte para hacerla vivir de nuevo. Mi pueblo lanzó al espacio un mensaje. Esperaba que este mensaje llegara lejos hasta otras civilizaciones, y que alguna de éstas acudiría a nuestra llamada. Entonces se produjo la mutación de los insectos. Los insectos nacían por millones, destruían nuestras ciudades, devoraban a los hombres. Mi pueblo decidió entonces suspender su existencia, esperar una evolución propicia del destino. La lucha con los insectos no tenía objeto, pues la nación de todos modos se extinguía. Construyeron la máquina KARENDÓN y construyeron a IZRAIL al mismo tiempo. IZRAIL guardaría el KARENDÓN hasta que llegara una nueva raza. La raza es el pueblo terrícola. Mi pueblo os pide que le ayudéis. La nación Bartpur resurgirá de la máquina KARENDÓN. Las almas retornarán a sus cuerpos y de la semilla de los dos pueblos surgirá una nueva nación sabia y fuerte.

IZRAIL dio fin a su parlamento y en la pequeña sala se hizo un silencio de incredulidad y estupefacción. Don Mario Valera murmuró, como hablando consigo mismo:

—“La nación Bartpur resurgirá de la máquina, las almas retornarán a sus cuerpos”… ¡Dios mío, eso no es posible! —exclamó en voz alta.

—Yo no he comprendido nada —dijo el Contralmirante MacLane.

Fue Alejandro Valera quien habló entonces:

—Está claro. La inscripción que Ross descifró contenía realmente

un mensaje. ¿Cómo era aquello, Ross? Déjame recordarlo… “pasará de la vida a la nada… nuestro pueblo entregado a su suerte… y será la profecía consumada… ¡al morir el Ángel de la Muerte!” Es decir, el pueblo de Bartpur dejó la vida material mientras las almas pasaban a vagar en la nada. La profecía, es decir, la total extinción de la raza se produciría irremisiblemente si moría el Ángel de la Muerte, pero sólo entonces. IZRAIL debería velar por la conservación de esa máquina, pero si IZRAIL moría nadie encontraría jamás el KARENDÓN.

—¡Que el diablo me lleve! —exclamó enojado el profesor Setúbal—. ¿Qué máquina es esa y para qué sirve?

—Parece fantástico, amigos míos, pero si no estoy loco, aquel pueblo antiquísimo y superdotado consiguió lo increíble —dijo Alejandro Valera—. ¡Se desmaterializó! Cada hombre pasó a ser una fórmula atómica grabada en una cinta magnética o cosa similar… y esa cinta, con la máquina reproductora, fueron confiados a la custodia del único ser que podía sobrevivir al paso del tiempo, ¡un robot llamado el Ángel de la Muerte! Llegado el momento, la máquina repondrá, átomo por átomo, la estructura molecular de cada hombre… ¡Y en ese momento cada alma retornará a su envoltura material!

—¿Cómo? —chilló Setúbal—. Repítalo, por favor.

—Salvando las diferencias, debe tratarse de una variante de la técnica que nosotros utilizamos para empequeñecer nuestros torpedos y nuestros cazas DELTA. El caza DELTA, por ejemplo, se construye de tamaño normal. Cuando entra en la máquina reductora, ésta lo desmonta átomo por átomo, de afuera a dentro. El último átomo que sale de la máquina va a parar a otra máquina, y todos los demás le siguen en perfecto orden. Cada molécula va a ocupar el lugar que le corresponde en una serie de coordenadas, y todo queda igual, salvo que los espacios se han reducido considerablemente y el caza DELTA se ha convertido en un bonito juguete. Pero supongamos que eso mismo puede hacerse con un ser humano, y que un cuerpo, desmontado átomo por átomo, queda reducido a una invisible hilera de átomos pegados de alguna forma a una cinta magnética. Si la cinta se pasara a la inversa por una máquina apropiada, cada átomo volvería al lugar que ocupaba antes sobre las líneas de unas coordenadas en el interior de una caja.

Molécula a molécula, el hombre reconstruido sería no idéntico, sino el mismo positivamente que se desintegró, con sus rasgos físicos, incluso con su propio carácter, su sabiduría y todos sus recuerdos grabados indeleblemente en su memoria.

—Parece sencillo tal como usted lo dice. ¿Pero puede hacerse? —preguntó el ingeniero Fernández.

—No crea que es tan sencillo —replicó don Mario Valera—. Salvando las dificultades técnicas, surgiría un problema de imposible solución. El ser desintegrado moriría. Su cuerpo podría recomponerse después, mas para entonces sería un cuerpo sin vida.

—Pues si es así, ¿cómo esperan resucitar los últimos hombres de la raza Bartpur?

—No lo sabemos. Con toda seguridad pueden hacerlo. Pero su secreto pertenece al mundo de la metafísica. Nos encontramos de nuevo ante esa pregunta jamás contestada. ¿Existe la reencarnación? Si algún día nos es dado presenciar el asombroso espectáculo de ver a esos hombres "nacer" de una máquina, entonces tendremos que aceptar la realidad de que el alma, no importa el tiempo que transcurra, es capaz de encontrar su cuerpo y regresar a él.

—Pero eso, ¿lo veremos? —preguntó ahora Silvana Castillo.

Don Mario Valera miró pensativamente al Ángel de la Muerte.

—Parece ser que la última palabra la tiene en todo caso IZRAIL… y lo que nosotros decidamos al respecto. Esa máquina, ¿el KARENDÓN?… quizás tenga que ser alimentada por alguna fuente de energía que IZRAIL no puede proporcionarle. Él lo ha dicho: "mi pueblo os pide que le ayudéis".

—¿Y usted es de la opinión que debemos ayudarles, profesor? —preguntó Setúbal—. Una raza que posee poderes tan inmensos, podría sentenciar la desaparición de nuestra propia raza. ¿Quién sabe si no nos someterían, utilizándonos para alguna práctica diabólica, como por ejemplo trasmigrar a nuestros cuerpos?

—Eso es una solemne tontería, Setúbal —dijo Ross.

—¿Usted lo considera una tontería? ¿Le agradaría que el alma de un tipo de ésos se apropiara de su cuerpo? ¿Le agradaría?

—Creo que, en todo caso, no alcanzaría a darme cuenta. Su alma anularía la personalidad de la mía y acaso ambas se identificaran en una sola. ¿Cómo puedo saberlo?

—Ahórrense las disputas —dijo don Mario—. Un tema de tanta trascendencia no puede ser decidido por nosotros en una discusión de sobremesa. La cosa es mucho más seria de lo que parece a simple vista. Regresaremos a VALERA y llevaremos con nosotros a IZRAIL para que exponga su petición ante nuestro Gobierno.

Don Mario Valera se volvió hacia el Ángel de la Muerte, que escuchaba todo sin pestañear.

—IZRAIL, la decisión de este asunto corresponde a los padres de nuestro pueblo. ¿Podemos ver el KARENDÓN?

—Nadie ha visto jamás el KARENDÓN. Si los padres de la nación terrícola dicen sí, IZRAIL dirá dónde está el KARENDÓN. Si vuestros padres dicen no, el KARENDÓN esperará la llegada de otro pueblo bueno que dé la vida a la nación Bartpur.

—Ya ven —dijo Ross haciendo una mueca—. Eso hemos ganado con expresarnos ante IZRAIL en términos de recelo hacia las intenciones de su pueblo.

—¡Y creíamos que el dichoso robot era tonto! —se rió Héctor Balboa.

Don Mario Valera se dirigió al Contralmirante:

—MacLane, ¿cuánto tiempo necesita para despegar?

—No más de una hora, el tiempo que tardemos en recoger a bordo a nuestro destacamento militar. Las máquinas podemos abandonarlas aquí hasta que regresemos para continuar las excavaciones… suponiendo que se continúen. Los reactores nucleares y los blindados pueden dirigirse a Topera. No quiero dejar al alcance de las “mantis” ningún armamento.

—Bien, ocúpese de todo ello.

El Contralmirante abandonó la sala seguido del comandante Arnal. El profesor Valera se dirigió de nuevo al Ángel de la Muerte.

—Vamos a volar hasta nuestro pequeño planeta para que los padres de nuestro pueblo conozcan la situación de tu pueblo. ¿IZRAIL no tiene temor de acompañarnos?

—IZRAIL hablará a los padres de tu pueblo —contestó el robot.

—Ross, acompañe a IZRAIL a su camarote… y que alguien se ocupe de instalar allí un foco de luz bien potente, ya que la luz es el único alimento de nuestra encantadora invitada —dijo don Mario Valera.

Eladio Ross salió seguido de IZRAIL. Silvana les siguió y les dio

alcance en el ascensor.

—¿Se dio cuenta? —dijo Silvana mientras bajaban en el ascensor —. IZRAIL conoce mucho más castellano del que nosotros le enseñamos. Ha debido aprender mucho escuchando nuestras conversaciones.

—Me he dado cuenta —repuso Ross con aire pensativo—. Pero nos quedan muchas cosas por enseñarle. Los valores del espíritu; el amor, la caridad, la esperanza… y todos esos conceptos tan difíciles de explicar, como el honor, el patriotismo, la dignidad… todo ello le será muy valioso en el momento de enfrentarse ante nuestro Senado.

—Vamos, que lo que usted quiere es que IZRAIL quede bien ante una audiencia de doscientos millones de valeranos. Porque, naturalmente, una sesión tan memorable no dejará de ser transmitida directamente por la televisión. —Silvana guardó pensativo silencio mientras se detenía el ascensor y salían al corredor.

Acompañaron a IZRAIL hasta su camarote. La mujer robot entró y Ross cerró la puerta. No había ningún soldado a la vista, y el doctor no consideró necesario llamarlo. Intencionadamente dejó sin correr el pestillo.

—¿Cómo se siente ahora? —preguntó Silvana a Ross.

—¡Oh, muy bien! —aseguró el doctor.

—Tengo escondida una botella de sake. ¿Le gusta el sake?

—No me vendría mal.

Entraron en el camarote de Silvana y ella cerró la puerta echando el cerrojo. El consumo de bebidas alcohólicas estaba rigurosamente prohibido en la sociedad de VALERA, tanto más a bordo de un buque de la Armada.

El televisor estaba funcionando en circuito cerrado con la cámara instalada para espiar a través de un agujero en el muro lo que ocurría en el camarote contiguo. IZRAIL se echaba en la cama y, con un movimiento de sus largas manos, extendía sobre la almohada su larga cabellera cristalina. Ross se sentó en el borde de la litera para seguir mirando al televisor.

Silvana Castillo vino con una botella y dos pequeñas tazas de porcelana, de las que entregó una al doctor. Se sentó junto a Ross y echó sake en las dos tazas mientras Ross estaba pendiente del

televisor.

De nuevo IZRAIL estiró los brazos para extender mejor su cabellera sobre la almohada.

—¡Mire eso! —dijo de pronto Ross.

—¡Dios mío! ¿Qué ocurre?

—Ese gesto al extender su pelo, ¿es propio de un robot sin conciencia de lo que es la coquetería?

—¡Vaya, me había asustado! Bueno, digo yo, ¿no puede un robot tener su coquetería?

—No diga tonterías.

Bebieron en silencio el sake.

—Ross —preguntó Silvana—. ¿Tendrá conciencia IZRAIL de su propia existencia? Lo que quiero decir es si se da cuenta de que vive y ama la vida como nosotros.

—Esa es una pregunta interesante. Si IZRAIL ha alcanzado ese punto en que la máquina hace abstracción de su propia existencia, si mira y siente gusto de admirar los colores, el movimiento de la vida misma… entonces la máquina habrá dejado de ser máquina para convertirse en un ser humano.

—Pero para ser humano debería tener un alma, ¿o no es así?

—Sí, eso es cierto. ¿Pero y si un alma fuera capaz de transmigrar a un robot?

—¿Un alma de mujer, eh? —murmuró Silvana mirándole de soslayo—. Ross, usted está buscando un pretexto para seguir enamorado de ella.

—No —protestó Ross—. No es eso. Sólo me pregunto qué clase de consideración le debemos a un robot que se mueve, habla y reflexiona como un ser humano.

—IZRAIL nunca sentirá como un ser humano, Ross. Piénselo bien. Su cuerpo es una máquina insensibilizada a todas esas cosas que nos proporcionan un placer. El gusto por las comidas… el perfume de una flor… el contacto de otros labios… el estremecimiento de la piel. Ella no siente apetito ni sed, ni frío, ni calor. Nunca amará a un ser humano, porque jamás conocerá la atracción del sexo contrario. En todo caso será un cerebro dedicado a profundas reflexiones filosóficas, una máquina de pensar… ¡Debe ser bastante aburrido, después de todo, estar casado con un cerebro!

Ross se echó a reír. Empezó a reír por lo bajo, luego cogió el hilo

y fue aumentando su risa hasta ahogarse en carcajadas. Silvana también se reía. Rieron a dúo hasta saltársele las lágrimas.

—Silvana, es usted terrible —dijo Ross suspirando mientras se limpiaba una lágrima con el dorso de la mano—. ¡Y pensar que me cayó antipática la primera vez que nos vimos en casa del Almirante Aznar!

—Pues usted a mí me cayó muy bien —confesó ella.

—¡Vamos, no me diga!

—Que sí, que fue como le digo. Sólo que entonces no me di cuenta, porque estaba celosa de su éxito como traductor de aquella inscripción. Me porté groseramente con usted. Pero reconózcalo; hizo trampa al traducir la inscripción de manera que cayera en verso.

—Sí, hice trampa. Pero no cambié el sentido literal de la transcripción. Sencillamente, tenía que arreglar aquello para que rimara y quedara bonito.

De nuevo se rieron a sus anchas. Ross se la quedó mirando de pronto entre serio y divertido.

—¿Sabe, Silvana? Es usted muy bonita. Me gusta mucho.

La muchacha sonrió levemente mientras se ponía colorada.

—¿Otra copita de sake?

—No.

Se miraron a los ojos. Estaban muy cerca uno del otro, mezclando sus respiraciones agitadas.

—Silvana, voy a besarla —dijo Ross.

La muchacha cerró los ojos y se dejó besar. Ross repitió y Silvana entró en el juego correspondiendo a la caricia.

Una hora más tarde, el crucero sideral BRASILIA cerraba su gran portalón y hacía sonar la sirena. Se elevó suavemente. A quinientos metros de altura sobre las ruinas de la ciudad, encendió sus motores lumínicos y empezó a moverse con creciente velocidad, al mismo tiempo que levantaba la proa hacia el cielo azul.

Cuando poco después alcanzó las últimas capas de la atmósfera, se veía brillar esparciendo una suave y tranquila luz, como una estrella más en el firmamento del circumplaneta, un diminuto punto llamado VALERA.

Desde las antenas del BRASILIA, surcaban el éter las ondas de radio transmitiendo un mensaje:

“Una mujer robot, guardián de los últimos supervivientes de una supercivilización, solicita exponer al Gobierno de la República una petición de ayuda para devolver la vida a su pueblo”.

EPÍLOGO

LOS cinco días de viaje desde el circumplaneta ATOLÓN al planetillo VALERA resultaron increíblemente cortos para Eladio Ross. Todos estos días estuvo muy ocupado “educando” a IZRAIL.

La capacidad intelectual del Ángel de la Muerte parecía no tener fin. Podía aprender cualquier cosa en un tiempo increíblemente corto, y pronto habló el castellano con la corrección del más erudito profesor de la Lengua Española.

Puesto que IZRAIL era una máquina y no sentía jamás cansancio, tanto Eladio Ross, como Silvana Castillo y, en ocasiones otros miembros de la misión, se relevaban en la instrucción del robot. Todos querían “quedar bien” cuando tuvieran que presentar “su” robot a la Asamblea Nacional.

Mientras el BRASILIA volaba los cuarenta millones de kilómetros entre el circumplaneta y VALERA, los despachos radiotelegráficos iban y venían incesantemente.

En el autoplaneta VALERA, las intervenciones del Almirante Aznar, en favor de la colaboración con el pueblo de BARTPUR, habían creado un clima de expectación previa a la arribada del BRASILIA. La élite científica, con rara unanimidad, estaba de parte de una alianza entre la cultura Bartpur y la civilización terrícola. Cada día las cadenas de televisión de VALERA daban entrevistas en directo con los más notables personajes en la Ciencia, la Cultura y la Política de la República de VALERA. Se realizaban encuestas en plena calle, en cualquier ciudad del planetillo…

Las opiniones estaban divididas, y parecía demostrado que a menor nivel intelectual, la gente temía y recelaba de las proposiciones del pueblo Bartpur, viendo en todo ello una amenaza para su futuro.

Todas estas entrevistas, encuestas, discusiones y declaraciones, iban formando el clima de pasión en el que finalmente se decidiría

el asunto. En todas las ciudades de VALERA se organizaban grupos de manifestantes que recorrían las calles agitando pancartas. Unos decían SÍ. Otros decían NO. Parecía que el escabroso asunto sólo podría resolverse sometiendo a la nación a consulta a través de un referéndum.

Eladio Ross descubriría pronto que no era necesario apresurar la "educación" de IZRAIL. Iba a sobrarle tiempo al Ángel de la Muerte de aprender castellano, incluso a pronunciar palabrotas, antes que el pleno de la Asamblea Nacional le escuchara.

La petición pública de IZRAIL ante el pueblo de la República de Valera, representado en su Asamblea, sería un acto de puro trámite. Cuando IZRAIL compareciese ante la Asamblea, los miembros de ésta habrían madurado ya una respuesta. Pero podían transcurrir semanas, meses y años hasta que se decidieran las posiciones de cada uno.

Bien era cierto que IZRAIL no se impacientaba. Su pueblo había esperado milenios la llegada de una raza inteligente, de características afines al pueblo Bartpur. ¡Seguro que no le importaría esperar unos años más!

El crucero BRASILIA de la Armada Sideral Valerana alcanzó por fin el planetillo, penetró en un largo túnel de cien kilómetros de longitud a través de todo el espesor de la corteza, e irrumpió en el luminoso y alegre mundo interior del autoplaneta.

IZRAIL debiera haber mostrado alguna sorpresa, suponiendo que hubiese nada capaz de sorprenderle. La nación terrícola también había hecho una gran labor allí.

En el astródromo de Nuevo Madrid el Gobierno había montado una gran parada militar para recibir al Embajador de Bartpur, como algunos llamaban a IZRAIL. El pueblo valerano se apretujaba en número de millones entre el astródromo, a todo lo largo de la autopista y la Avenida del Capitán Fidel hasta la Plaza de España, en cuyo Palacio Residencial se alojaría el Embajador como invitado oficial del Gobierno de la República. Para el resto de los doscientos millones de valeranos resultó mucho más cómodo presenciar el espectáculo a través de las diversas cadenas de televisión.

Minutos antes de desembarcar Silvana Castillo se mostraba nerviosa como una colegiala. Había limpiado cuidadosamente el traje y las botas de IZRAIL, las manos y la cara… le cepilló el largo

cabello ¡y hasta le aplicó una discreta capa de colorete en las mejillas y carmín en los labios!

IZRAIL no opuso resistencia.

—Afortunadamente los padres de la nación Bartpur tuvieron el buen juicio de hacer bello a su representante y ángel guardián —dijo Silvana a Ross—. Quedará muy bien en la televisión.

En efecto, los valeranos vieron con sorpresa una bellísima mujer de extraños ojos rojos, con una larga cabellera de cristal y un brillante y ceñido traje verde… una mujer de figura escultural, elegante, digna e impasible… Y algo muy profundo cambió en la opinión pública. ¡El Ángel de la Muerte tuvo millones de admiradores!

Cuando IZRAIL marchaba en un automóvil descubierto por una de las calzadas laterales de la Avenida del Capitán Fidel, sentada entre Eladio Ross y don Mario Valera, el robot se volvió hacia el doctor y preguntó:

—¿Qué ruido es ese como de truenos?

—Son aplausos, IZRAIL. Los valeranos golpean una mano con otra haciendo ruido. Es su manera de expresar su afecto y admiración.

—El pueblo terrícola aportará una nueva savia al viejo pueblo Bartpur —afirmó IZRAIL.

Después de la recepción oficial del Presidente de la República a IZRAIL, Eladio Ross tuvo escasas ocasiones de volver a charlar con el robot. Le veía todos los días en la televisión, por un motivo u otro. IZRAIL había caído en un remolino absorbente de entrevistas, declaraciones, visitas a la industria y los lugares más pintorescos del planetillo, recepciones…

—¿Le invitaremos a nuestra boda? —preguntó un día Silvana a Ross.

—¿Para qué demonios?

No le invitaron. La asistencia de IZRAIL habría complicado enormemente un acto tan sencillo. Las cámaras de televisión y una nube de reporteros seguían a IZRAIL a todas partes.

Dos meses más tarde, cuando los Ross regresaron de su viaje de luna de miel a Nuevo Madrid, se anunció que la Asamblea Nacional, con el Presidente de la República, iba a recibir oficialmente la petición de ayuda del pueblo Bartpur.

Considerando la acalorada polémica que el asunto provocó en las primeras semanas, podía considerarse como de buen augurio la brevedad del período de decisión de la Asamblea.

Desde su pequeño apartamento de Nuevo Madrid, Eladio y Silvana presenciaron el acontecimiento a través de la televisión. Cuando IZRAIL entraba en la Asamblea, bajo la enorme cúpula del nuevo Capitolio, fue recibida por un aplauso cerrado. En las cámaras de televisión en color, IZRAIL aparecía bellísima. Ningún ser humano habría podido comportarse con el aplomo y la seguridad de aquella máquina extraordinaria.

El Ángel de la Muerte expuso brillantemente su petición. El cerrado aplauso que rubricó su declamación era un claro indicio de la mayoría que la apoyaba. Se celebró la votación de la Asamblea, con nuevos aplausos cuando el recuento electrónico arrojó una abrumadora mayoría de votos a favor.

El Presidente de la Asamblea, que lo era también de la nación, anunció solemnemente al Embajador extranjero que la República de Valera ayudaría al pueblo de Bartpur y firmaría con éste un pacto de alianza.

En su pequeño apartamento de la Calle Reina Amatifu, Silvana y Eladio se abrazaron al tiempo que prorrumpían en una exclamación de alegría. A través de la televisión llegaba el estruendo de los aplausos de la Asamblea puesta en pie. Una cámara mostró un primer plano del Almirante Aznar que estrechaba emocionado las manos de otros miembros de la Asamblea. Luego de pronto apareció en primer plano el bello y sereno rostro de IZRAIL.

—¡Ross, mira eso! —exclamó Silvana.

Eladio se volvió hacia la pantalla.

—¿Qué ocurre?

—IZRAIL… ¡ha sonreído!

—¡Imposible! —dijo Eladio. Y rodeó de nuevo a su esposa con sus brazos para besarla.

Si IZRAIL hubiese sabido sonreír, ésta habría sido la mejor ocasión para demostrar su satisfacción. Silvana, de todos modos, creyó siempre que el Ángel de la Muerte había sonreído.

F I N

Notas

[1] VALERA, planetillo hueco autopropulsado y dirigido. < <

[2] Véase UNIVERSO REMOTO. núm. 31 de esta Colección. <<